

# TIERRA QUE FLORECE...

---

NOVELA ALGO RARA

— — — — DE UNOS — — — —

AMORES EJEMPLARES

por

BND

ELADIO ESPARZA



---

PAMPLONA. — Imp. de «La Acción Social». — 1913.

© Gobierno de Navarra

*Es propiedad del autor.*

BND

# OFRENDA

---

Al prosista admirable

Don Arturo Campión,

Maestro de todos los

navarros,

EL AUTOR.

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra



## ANTESALA

---

EL LIBRO.—Aquí me tienes, ¿y ahora qué?

EL AUTOR.—Espera que tome aliento...

EL LIBRO.—¿Tiemblas?

EL AUTOR.—¡Regular, regular.... Bueno, pues ahora como hijo de mi mollera, obedeces cumplidamente los preceptos que te imponga tu Señor.

EL LIBRO.—Sabes que te soy fiel como un perro.

EL AUTOR.—Te mando que propagues tu brillo de luciérnaga por todas partes; vete con la frente alta, que a nadie debes las joyas de tu vestuario; divierte a los que se aburren, consuela a los que aman, florezcan tus páginas...

EL LIBRO.—¡Siempre romántico mi Señor! La cosa es que me den dos pesetas!

EL AUTOR.—Eres un gran filósofo. Yo no lo quería decir con tanta crudeza. Ese es el resumen de mis preceptos ¡dos pesetas! Pero en este mundo—al que yo te he traído—no acostumbramos hablar de ese modo tan abierto. Cuando reposes, cuando disfrutes de la eternidad en el escaparate del librero, irás conociendo el paño. Modera tus impulsos, muérdete la lengua. Jamás digas que tú te vendes por dos pesetas, que tú te satisfaces por esa mínima porción de vil metal. Por dos pesetas se compra un fuelle, se echan medias suelas a un par de zapatos, ¿y pretendes tú nivelarte con esos culinarios oficios? ¡Nadie te leería!

EL LIBRO.—¿No? ¡Pobre Justina, tan hermosa, tan amante, tan simpática!

EL AUTOR.—Tampoco debes alabarte. Te creerían orgulloso, pedante...

EL LIBRO.—¡Pues vaya un mundo al que me has sacado! ¿No estaba mejor en el alcázar de los sueños?

EL AUTOR.—No te impacientes, querido. Cuando se enteren que tú haces agradable la vida, cuando vean en tus pági-

nas, que el campo que parece yermo echa rosas, que la voluntad honrada, aunque pobre, triunfa de la mentira, del capricho, de la infamia, que el trabajo ennoblece, que la dicha que se nutre de dolores y de lágrimas es la más sabrosa, que en la educación y no en el dinero se diferencian los hombres, en fin, cuando simpaticen con Siro, trabajando en su taller y con Justina sufriendo en la mansión de los Duques, entonces te llamarán para que tu charla ilumine con rosado paréntesis el tedio de unas horas...

EL LIBRO.—La Fortuna te escuche, mi Señor.

EL AUTOR.—Vete ahora a saludar a mis amigos.

EL LIBRO.—¿Cómo? ¿Yo a ellos? ¿No es más galante que ellos vengan a mí? Para cuándo son los amigos, sino para las ocasiones? ¿No dormían ellos cuando tú velabas para hacerme? ¿No disfrutaban del aire, del sol, del campo, cuando tú, privándote de esos divinos beneficios, repasabas mi túnica y fatigabas los ojos y atormentabas el espíritu

buscando un hilo de oro para hilvanar mis hojas? ¿Cuando ellos por nada se preocupaban, tú no has sentido la dentellada del dolor porque lo que creíste rico bordado resulta una púrpura desteñida? ¡No cumpliré tu precepto!

EL AUTOR.—¡Me convences! A mí nadie me regala. Tienes razón, hijo de mi mollera. Si yo necesito una chalina, un cuello, un kilo de garbanzos, tengo que meter la mano en el bolsillo. ¡Amor con amor se paga!

EL LIBRO.—¿Tienes más preceptos?

EL AUTOR.—Sí. Dos cosas te esperan. El favor del público o el polvo del escaparate. Si consigues lo primero, acuérdate de tus hermanos; hasta ahora habéis vivido en amor y paz. No los abandones si la suerte corona tus deseos.

Pero si el sol te abrasa o el polvo te cubre en los estantes ¡cuidado con que protestes! No estarás solo y considera que otros—a tu lado Reyes opulentos—permanecen como tú sin que jamás una mano piadosa haga vibrar sus cuerdas de armonía.



EL LIBRO.—¿Y dejarás que el olvido me oxide?

EL AUTOR.—No. Te traeré a mi hogar y junto a la llama de mis cariños oiremos de tu boca, tu Señor, tu Dueña, tus Hermanos, la leyenda gris de la desilusión...

EL LIBRO.—¡Y serviré de juguete a Xavierin...

EL AUTOR.—Bueno, basta de charla. Vete por el mundo. Date prisa, que ya los caminos huelen a violeta y mayo esparce el perfume de sus rosales bajo las blancas cúpulas de los árboles florecidos...



BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra

# LIBRO PRIMERO



EL PARQUE BAJO LA LLUVIA...

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra



## I

Descorrió con sus dedos largos, bonitos, el brise-brise de muselina y detúvose contemplando el paisaje mustio a través del cristal por el que se deslizaba la lluvia.

El paisaje como su pensamiento, descolorido, tristón, sin un trozo vivificante.

Bajo el azote persistente de la lluvia menuda, cernida, el jardín doblegaba su vigor lozano. Los caminos de armoniosa curva, eran lodazales; colgando de alguna rama sucia se veían pétalos amarillos, lacios, chorretosos, pingajos podridos de antigua florescencia.

Justina se pasó largo rato, ante el cristal, en muda contemplación. Le atraía poderosamente aquel panorama húmedo,

íncoloro, inmóvil como unos ojos indiferentes a las cosas.

Como su alma, como su tristeza.

Una tristeza nacida del amor, ¿no es algo que rechaza el buen sentido?

Sin embargo, Justina, la adorable, la armoniosa, os mostrará su corazón enamorado ardiendo en llamas, y su espíritu insensible a la vida, momificado entre las cosas, deshecho por la amargura.

Ha columbrado ella en los ojos fosforescentes del humilde Siro la luz cegadora de la dicha, ha sentido en las palabras sonoras de sus labios la palpación de un alma de fuego y en sus delgadas manos nerviosas, ha visto revolar febriles emociones fascinantes...

¡Siro! ¡oh, las venas azules, ideales, de su frente ancha... Cuántas veces cruzaría por ellas el nombre adorado de Justina, inflamándolas como una tromba de fuego!

A todas horas con el pensamiento en su recuerdo; sumergida en él, empapado su espíritu en su perfume de lírico anhelante.

Pensaba en el amor que pone en tan gozosa esclavitud a las almas. Pasa una vez por el corazón, como la muerte por la vida, y a sus halagos rinde la voluntad el poderío, que no es mercancía ni fruto del capricho, como pensaba su papá declamando a lo tribuno.

¿Era ella responsable? ¿Se deja de amar cuando se quiere? Entonces no había razón, para que ahogaran su deseo en el brote ardiente de su amor.

¡Labrar la dicha! No debe ser ese el impulso central de nuestros actos? Y ese camino amplio, generoso, de jardín siempre en flor, no debe ser el emprendido, si hacia él nos empujan los amores, dejando los tortuosos, los comunes, los que trascienden a olor de pies que caminan y no a latidos de corazones que sufren?

Obscurecía. La lluvia persistente, monótona, dilatábase en el horizonte como un tupido velo ceniciento.

Siro había cerrado ya su taller,—pensaba Justina.—

¡Si pudiera verle, hablarle, sentirle a su lado, en aquella tarde lluviosa, oír

su voz dulce, apagada, caliente, sus pensamientos floridos, evocadores, con los que ella—en su soledad—nutría sus anhelos como la abeja con las rosas... ¡Y no podía ni aún verlo! No se lo consentían. La aprisionaban en casa para que ni se cruzara por la calle. ¿Pero, quién encarcela el corazón? ¿quién impide que taladre los muros y perfore las montañas para posarse en el amado ausente? ¿quién ha interceptado ese hilo sutil de los recuerdos, esa fusión impalpable de los espíritus a través de las distancias, rompiendo el egoísmo de las conveniencias sociales?

Ella, desde su habitación, ¿no moraba en un supremo goce con Siro?

¡Ah, si los cuerpos gozaran de la sutileza del pensamiento, si la carne tuviera las alas del corazón!

Por eso triunfaba el egoísmo.

Siro le decía en una de sus cartas: «No tenemos la culpa de que el destino nos coloque en un palacio, junto a la riqueza, o en una choza, junto al trabajo. No por tu voluntad naciste rica,



hermosa, enamorada y yo pobre, humilde, apasionado. ¿Por qué entonces se pretende hacer de mi trabajo un ultraje y de tu fortuna un mérito? Tu vences de las necesidades de la vida, y yo tengo que domarlas con mi sudor; ¿pero ha sido un capricho nuestro? Si así fuera la realidad de las cosas, yo por acercarme al umbral de tus encantos, hubiera sido Príncipe, para ofrecerte una corona y un Reino, o si tú fueras miserable, yo mendigo para compartir contigo las amarguras del camino y hacerlas adorables. Es una ilusión, querida mía. Yo no tengo más principado que el de mis ensueños, más corona que mi trabajo, más Reino que mis amores.

»Te los tengo ofrendados desde que ví en tus líneas lo que es belleza, en tu sentimiento lo que es cariño, en el mirar de tus ojos lo que es dicha...

»Dime: si ésta ofrenda basta para tu felicidad ¿por qué se oponen a que la recibas? ¿Por qué no te la da un Príncipe sino un humilde tallista? ¿Por eso? A todo trance debemos alimentar-

nos de apariencias... al fin es lo que se ve! ».

Destilaban un sabor amargo estas líneas. Hacíanla llorar. Eran como el paisaje mustio, espejo de su vida truncada brutalmente en su camino hacia el amor.

Sorprendióla la noche, extática ante los cristales empañados, inmóvil sobre la pasionaria de sus ensueños....

Era amarga su vida; pero la vida no era dolor; la vida que borda ensueños y florece lirismos, la vida que consiente ansias y promete goces, no tiene entrañas de pantera, no está amasada con torturas.

La vida es barro puesto en manos del alfarero; puede hacer de ella nuestra voluntad un ánfora de exquisiteces o una cruz de dolores.

Es nuestra esclava, engendradora de deleites si la domamos, como puede ser la reina despótica que nos flagele las espaldas si ante ella nos mostramos débiles.

Eso affligía su corazón como tenaza rusiente.

Podía hacer la vida agradable, deliciosa, dulce en el amor de Siro; y era, no obstante, dolorosa, larga, monótona, sin matices, sin dulzuras como una noche de diciembre.

Sintió junto a los cristales empañados, una sensación de frío y apeteció la caricia de las llamas en la noble chimenea de mármol rojo con cariátides faunescas.

Hasta dentro llegaba resonante el golpeo del agua sobre las aceras de la calle.



## II

Siro trabajaba en su taller hasta la hora del crepúsculo. Era un taller amplio, soleado, limpio, casi un museo, con la gracia espiritual de una caricia. Era la pequeña escuela de un artífice genial, apasionado. Su espíritu luminoso y ardoroso parecía esparcir por la estancia el delicado perfume de sus ensueños. Invadía todo la luz generosa de sus pupilas inquietas. Se aligeraba allí el cerebro como penetrado de una suave atmósfera de espiritualidad.

La madera, tosca, dura, adquiría entre sus manos la forma de flor, de ave, de cáliz, de ala, de línea armónica, siguiendo el cincel el impulso de la idea que se sentía arder como un chispazo por las venas azules, ideales, de aquella su frente ancha.

Constituía un dulce tormento para Si-ro aquel diario trabajo.

El se empeñaba en convertir la madera en pensamiento, incendiarla en su ideal, hacerla intangible, espiritual, pura como la luz de su mente. Desbarataba a veces de un martillazo la obra concluída—¡no es eso, no es eso lo que siento rodar por mi cabeza!—

Y volvía con ansia febril a mover la gubia reluciente sobre el tronco insensible a sus ardores de poeta.

Otras veces se embelesaba ante la escultura: y fumando deteníase en gozosa absorción.

Le martirizaba su obra magna. Un busto de mujer joven, hermosa, pensativa, triste, absorta en un capullo naciente.

Justina, cuando él la sorprendió una tardeada, bajo los plátanos de su jardín, urdiendo los amores de su vida en un capullo que empezaba a florecer.

Fué cuando ella se rindió a los halagos cariciantes, embriagadores, de su espíritu, cuando se rompió la crisálida de sus pensamientos y se abrazaron las almas en el deseo.

El quería eternizar aquel momento en

algo tangible que pudieran acariciar los ojos y palpar las manos, quería darle un relieve perdurable, firme, vigoroso a la suprema emoción de aquel instante de tiempo que era todo una vida.

¡Qué tosca la madera, qué pesado el buril! ¡qué torpes sus manos!

Luchaba tenaz, ansioso. Trabajaba unos instantes y cerraba los ojos para confrontar su obra con el ídolo de su corazón—¡no, no era así, era más sutil, más dulce, más evocadora, más endolorida, más espiritual...

Era una cruel obsesión el símbolo de sus amores.

Pero la madera se abandonaba como una amante gozando voluptuosa con las fuertes dentelladas del cincel que rutilaba en las manos como una chispa.

Surgía el conjunto de perfección admirable, cual si rájándose el madero apareciera el ideal cuajado, hecho forma.

Obra delicada, ténue, evaporada, difundiendo un efluvio de tristeza. Siro triunfaba. Era el símbolo de su vida encarna-

do en la obra maestra de sus manos delgadas, nerviosas.

El momento estaba eternizado en aquel primoroso relieve de su arte.

Prodigábanle sus amigos alabanzas.

—Ya véis cómo el arte—les decía—es el compañero inseparable del amor. De nada sirve que la recluyan en su casa para que nos olvidemos. Yo he trasladado su alma, su ensueño a un trozo de madera; la veo todos los días, la acaricio con mis manos, me acompaña en la soledad y siento cuantas veces la miro una gozosa inundación de todo su pensamiento sobre el mío.

—Es el rayo de sol que viene diariamente a mi taller a alegrarme el trabajo.—

Con frecuencia se convertía el taller en mentidero. Brotaban bufonadas mordaces, hirientes, cuajadas en risas.

—Yo como tú, le mandaba ese busto al padre.

—Con un dístico: a su dilectísimo papá su no menos adorable yerno...

—En el día de su cumpleaños...

Se autoriza la copia para la investigación.

Reían y fumaban, de un lado a otro, los contertulios.

— ¡Lo echaría al fuego!

Intervenía Siro:

—Es lo más probable; o se lo echaría a los perros para que jugaran. Hace con su hija, ¿qué de particular tiene que lo hiciera con un trozo de madera? Pero él ignora que los retorcijones de la voluntad a veces la hacen más rebelde, más tenaz, más poderosa.

—Además que de arte, debe estar tan enterado como yo de guisar coles.

— ¡Un tío lerdo, como hay muchos!

—Una especie de burro flautista.

—Yo quitaría eso de especie...

—Y yo eso de flautista...

—Pues de burro no le quitamos.

— ¡Ah, no, es su distintivo!

—Lo chocante es que ese bruto tenga hijos como los que tiene.

—Es un contrasentido.

— ¡Protesto! Es una lección altísima de la madre naturaleza. ¡Es muy sabia la naturaleza! Las disonancias son como las sombras en un cuadro. ¿Apreciaríais



vosotros en su valor artístico, la música de Mozart, de Ketterer, si no os constara que los burros rebuznan, que los cerrojos rechinan? Claro que no. En los contrastes se destaca la pureza de las líneas, la suavidad de las curvas, la ondulación del ritmo. Salís al campo y junto al cerdo véis la mariposa. ¿Qué os dice aquélllo al espíritu? Os pone de manifiesto junto a la suciedad del marrano la lindeza de la mariposa. Cruzáis la calle, y al lado de la adorable sonrisa de Justina—tú, no tengas celos—os pone el bigotazo de carabinero de su señor papá. ¿Qué os dice aquélllo al espíritu?

Era una continúa carcajada que estremecía el taller de Siro.

Se esfumaban las imágenes en el humo denso de los cigarros.

Los amigos le visitaban todos los días. A don Pablo Arzuaga—padre de Justina,—le zarandeaba como a una risible caricatura, aquella reducida asamblea de jóvenes que comentaban todos los sucesos con una glosa frívola de humorismo, de sátira.

Le consolaban a Siro. Bajo aquella trepidación de risotadas se escondía el dolor, la tristeza, para luego renovarse más pungente cuando se alejaban los amigos como una onda efímera, pasajera de aparentes alegrías y frivolidades.

Alguno intentaba disuadirle, apenado por las hondas amargas del buen amigo.

—Si tú no fueses tan romántico, yo te propondría una buena solución. Pero eres así... ¡mira, a mi me dan cien patadas los romanticismos! ¡El puchere de garbanzos, la peseta! Todo lo demás es tocar el violón.

Siro reía ingenuamente.

—¡Es la verdad, querido! Con la luna y los sonetos no se va a ninguna parte. Si te casas y llueven hijos, ya verás como mudan de color las cosas.

Respondía Siro y quedaba el displicente gratamente impresionado.

—Yo creo que el romanticismo es una cosa, y el amor otra muy distinta. En mis amores con Justina, crees tú ver algo así, como un cuento azul a lo Perrault,

en que un mendigo se enamora de una Princesa. Si no hay tal cosa. Justina es de tan carne y hueso como yo y como tú, se ha enamorado de mí como de tí tu mujer. ¿Por qué? No hace falta averiguarlo. ¿Reflexionáste alguna vez en la razón de tu cariño? Yo creo que todos llevamos dentro ese hombre que nos impone sus gustos, sus caprichos, sus amores y que donde dice «ama» abrimos de par en par el corazón sin que nunca preguntemos el por qué.

—Ahora los que aman revisten de mil formas distintas el amor: eso sucede en todos los órdenes. Una misma idea puede enojarse con distintos esplendores, con formas diversas según la fantasía que arde junto al cerebro. Como que las ideas, casi todas son repetidas: lo que se diversifica en matices, en rasgos, en lumbres, es la forma.

—Lo mismo en el amor. Uno lo hace positivista, grosero, opaco, porque su imaginación verá las cosas al trasluz de esos colores grises, otro lo hará florido, ensoñador, galante y es que reproduce en su

llama los destellos que iluminan su espíritu.

¿Por quiénes está la razón? Yo opino que siendo el amor en todos, aquello que nos hace «querer», ir hacia otra persona, inclinarnos hacia otra alma, me place más acercarme a ella con una rosa en los labios, que metidas las manos en los bolsillos.—

Después de cerrado el taller, se enloquecía Siro en los libros. En ellos ennoblecía su alma. Pulió su cerebro, modeló el espíritu con la gracia del gusto exquisito y púsose a nivel de las clases superiores.

Detalle nobilísimo que escapaba a la atención de don Pablo, ricachón vanidoso e ignorante que sudaba el quilo a caza de un título ducal para dar lustre a sus tagas.

Favorecíale a don Pablo el ambiente social, la opinión, el sentido común, que todos estos nombres aplicamos a una determinada manera de pensar, si conseguimos que lleve sus resonancias a la calle.

En el casino peroraba frenético :

— ¡Se necesita poca vergüenza para que ese insolente ponga los ojos en mi hija, en mis caudales, en mi rango... mi dignidad no consiente roce con los marmarrachos! ¡Las cosas tienen su límite y todo caballero debe respetarlos! ¡Claro, mi hija aún niña... inocente... sin noción de la vida... romántica....!

Y mientras tanto, su hija, en el silencio de la noche, escribía en un rasgón de periódico :

«Comer el pan que ganas con tu sudor, con tu trabajo, que es arte, belleza, armonía... ¡oh, qué inmensa felicidad!

Vivir contigo : esa es mi ambición, mi deseo, mi amor.

¿Por qué me ha de costar el abandono de lo que tanto me hace sufrir, si con ello alcanzo la dicha? ».

Don Pablo continuaba perorando, embutido en amplia butaca saboreando un Bismark.

### III

*El Adalid* era un periódico sin marcada tendencia política y que únicamente se dedicaba a «sanear el ambiente local, haciéndolo terso, noble, brillante», según rezaba en su artículo-programa de fondo el día que salió a la calle en medio de una tumultuosa vocinglería, vestido de opulento ropaje y transpirando perfumes y entusiasmos.

Siro colaboraba en el periódico, escribiendo artículos de arte; glosas sencillas, amenas, elegantes, puestas al correr de la pluma, al margen de un libro nuevo, de un suceso artístico, de una fiesta literaria; ocultaba su nombre con el del autor de las «Noches áticas», Aulo Gelio.

Era lo más substancial del periódico: se transparentaba en su prosa el espíritu observador, delicado, ungido de una suave llama idealizadora.

Leíanle todos con gusto.

El propio don Pablo, que no calaba pizca de sentir estético aplaudía ruidosamente sus «Glosas del poeta» por no desconcertar con la opinión unánime de los que saboreaban los primores del joven tallista.

Aulo Gelio, enamorado, comenzó a prender en las cuartillas los ardores de su corazón. La pluma se inflamaba en sus manos y latía en las «Glosas del poeta» la quejumbre que escocía sus entrañas.

Conocieron los lectores, rugió don Pablo jurando que o él era nadie o limpiaría la prensa de querellas indecentes.

Su cerebro comercial, positivista, zorruno púsose a indagar medidas definitivas, concluyentes.

¡En eso nadie le ganaba!

Habló con el Director de *El Adalid*. Pretendía que se tiraran al cesto todos aquellos artículos en que el autor deslizara frases amorosas.

—Lo que usted pide, don Pablo, es imposible. Siento mucho no poder acce-

der a sus descos, pero no puede ser. Está muy reputada la firma de Aulo Gelio para que yo empiece ahora a poner tachaduras a sus cuartillas ni hacerle reconvencciones o advertencias de este género. Aún, si se tratara de algo que ofendiera el honor público o que marcara él tendencias opuestas a las del sentido unánime, podría la Empresa amonestarle, corregirle párrafos, etc., etc., lo de usted es distinto y yo, francamente don Pablo, no puedo ni debo.—

Don Pablo retiróse ceremonioso, vengativo, irritante.

¡El honor público! ¿Pues qué era él? ¡Ya reputaría firmas y tumbaría Directores mentecatos! ¡Se necesitaba insolencia para oponerse a sus designios con aquel descaro!

En el taller de Siro se comentó la noticia con hierro candente. Cada frase sacaba una ampolla.

La conclusión quedó escrita en una tabla: «Para memoria eterna del 16 de diciembre en que un asno hizo sus necesidades en nuestra redacción».



Siro lo borró apenas sus amigos traspusieron el umbral del taller. Se le avinagró la risa. Comenzaba la ruta cruel de los días inquietos, dolorosos, de los tranques amargos.

¡Aún con rozaduras de honra saldría a flote de ellos, ¡pero Justina! la mujer indefensa, el espíritu delicado, el corazón sensible de cuyos amores hicieron cárcel, ¿cómo iba a soportar sobre sus hombros rosados, débiles, tiernísimos, aquella tan aplastante losa?

Porque una vez que don Pablo comenzara a obrar, debía temérsele. Compraría a la Empresa por unos duros la propiedad del periódico, ¿iba a consentir entonces que Aulio Gelio continuara escribiendo?

¡Y eran sus artículos el único mensaje que su corazón enviaba a Justina! Mensajes que todas las mañanas se metían en un rocío de gozos por el alma de su amada!

Se posaban los ojos de Justina en las «Glosas del poeta» con la ternura inmensa del que abraza contra su pecho

lo que es su dicha ; era una mirada de rendimiento, 'de caricia larga, trémula de aquellas pupilas soñolientas que revolaban en sus azoramientos de alegría por las frases doradas, ardientes, escapadas al dolor en un rayo de belleza.

¿Y si ahora se le arrebatava de sus ojos aquel único consuelo? ¿si de sus mañanas se le quitava aquel resplandor de aurora? ¿no eran lentas, monótonas las tardes, sombrías, largas las noches?

Helándole las sienes, cruzó un pensamiento : el olvido.

¿Podía olvidarla? ¿Debía olvidarla? El pensamiento frío, punzante, persistía como clavado con una aguja.

El olvido no es una cosa muerta, evaporada, sin jugo; es una derrota, aún cuando creamos que es un triunfo.

Y los que hoy caen rendidos en la batalla, es fácil—por lo menos de temer—que mañana triunfen en nueva lucha.

Nos olvidamos de una cosa, de un afecto, de una persona, cuando llegan momentos a nuestro espíritu en que queda avasallado por otro sentimiento, por otro

amor, por otras cosas que, como todas, dejan su huella más o menos profunda. Ha existido realmente una lucha sea de pensamientos, de amores, de realidades; el cerebro o el corazón, ha sido el teatro y sobre él combaten con rudeza de bárbaros para conseguir ese fragil cetro de la humana palabra en la farándula eterna de la vida...

¿Dónde hallaría Siro una imagen fuerte, de plenitud, de absorbente poderío que obnubilara en su cerebro la de Justina? ¿Dónde un sentimiento que redujera a cenizas las lumbres de su amor?

La ausencia era la puerta del olvido; iríase lejos, muy lejos, donde no llegara el aletazo del más imperceptible recuerdo. A él dábale muy poco ganar la vida en cualquier parte. Abriría ancho camino con el prodigio de sus manos. Haría de su arte la torre de marfil de los ensueños, en ella se encerraría hasta que un nuevo rayo de luz le trajera el reflejo evocador de una dorada realidad.

¿Pero su ausencia no significaba una cobardía? ¿Era dueño de su voluntad

para marcarle un rumbo, para degollar sus impulsos nobles, para hacer más dolorosa la existencia de un alma rendida a su amor?

No debía ausentarse. Tacharíanle sus amigos de cobarde, perdería su juventud el temple de sus deseos, dejando trunca una vida de ilusión, de ideal, de cariño cuando acaso iban a brotar las rosas después de una gestación de dolores.

Era imposible la ausencia.

No estaba él solo trepando por el camino de piedras. Otros pies delicados se arañaban en sus bordes, otras manos de princesa se enrojecían en los zarzales del sufrimiento. Justina iba con él y de su alma joven, forjada en un yunque de amarguras, debían brotar alientos y esperanzas.

Estaba decidido.

Encaminóse a la Redacción con unas cuartillas. Le recibieron en palmas. Cruzó una ráfaga letificante por su espíritu. Creía a don Pablo dueño del periódico. Le contaron el fracaso con la Empresa.

—Si ustedes lo desean—díjoles Siro a

un grupo de accionistas—no escribiré más Glosas. Es la única manera de que no se trasluzca mi amor en los artículos; la idea que nace y se nutre en mi cerebro ha de participar de las sensaciones a cuyo calor debe quizás su existencia y es sumamente difícil que la pluma al trasladarla al papel no arrastre siquiera una brizna, un girón del sentimiento que me domina. Yo comprendo que si mis prosas comentaran asuntos políticos escaparían fácilmente el influjo amoroso, pero siendo glosas de arte, de poesía, no puedo arrancarlas sin que broten inflamadas en fuego. Además, yo nunca hago alusiones ni escribo frases ambiguas. Estoy enamorado, y lo mismo las ideas que los actos responden a esa modalidad de mi espíritu. Ustedes dirán.—

Los accionistas no pusieron reparo alguno. Podía continuar. Repartían ellos un dividendo respetable. Todo lo demás les tenía sin cuidado.

—Tienes la gran ocasión—decíanle sus amigos—escribe ahora lo que se te antoje, en vez de glosas y tonterías, muér-

dele al mamarracho esc. No vayas a creerte que la Empresa se niega a vender el periódico por tí; lo que menos les importa son tus amores. Es que contigo les va bien. Hazte fuerte, en tu mano posees una poderosa arma. Desde mañana sátira va y sátira viene. ¡Sí, hombre, empieza por su bigote...

—Y por los pelos de las manos.

—Mira, todos somos iguales. Los idealismos se quedan para vosotros los románticos. Pero aquí, en el mundo, todo es la peseta, con la peseta y por la peseta. No seas tonto. ¡Duro con el suegro!—

Siro tenía más delicadeza y decoro. Dejaría en paz a don Pablo. Era el padre de Justina. Y pensaba que al fin en todo se oculta la larva del egoísmo.



IV

—De usted hablábamos, don Pablo.

—Buenas tardes, señores.

—Bien venido.

Ocupó don Pablo la butaca junto a sus amigos y encendió el Bismark. En el casino, a las tres de la tarde.

—Se trata de celebrar unos juegos florales y nos es imprescindible—como puede usted suponerse—contar con su apoyo, su valía, su autoridad de hombre probo, ilustrado, amante del progreso, etc., etc.

Don Pablo reía bonachón, en sabrosa ufanía.

—Pero si yo...

—Nada de peros. Por Pascuas, juegos florales brillantísimos, despiporrantes. ¿Contamos con usted? ¿Da su venia?

—Y vamos a ver, señores; ¿de quién fué la ocurrencia?

—Supongamos que de usted.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

—Hombre, eso no ; a cada cual lo suyo.

—Nada, nada ; una ocurrencia colectiva ; de todos nosotros.

—Por mí, vengan flores y vengan pascuas.

—¿De modo que usted apadrina la idea ?

—Cuenten conmigo.

—Perfectamente ; mañana empezará la campaña en « El Adalid ».

Don Pablo hizo un gesto irónico.

—¿No le place ?

—No he dicho nada, señores ; creo que debemos contar con la prensa—es la gran palanca de la opinión—pero eso, más tarde, cuando se concreten los detalles... ¡es mi opinión !

—Es indiferente.

—¿Y quién va a ser el mantenedor ?

—Cualquiera de entre los buenos ; Mella, Azcárate, Moret, Benavente...

Hiciéronse largos comentarios.

Don Pablo opinaba que Mella era un poco reaccionario, Azcárate un poco radical, Benavente un poco... ¡Moret, oh Moret ! Ex-presidente de Consejo, Ex-



presidente del Congreso, Ex... ¡lo alojara en su casa!

Se le inflaba el abdomen de tanta vanidad.

¡En su casa el primer Ministro de la Nación!

—¿Les parece a ustedes que Moret?

—Quisieron halagarle.

—¡Colosal! ¡Moret pronunciaría un discurso estupendo!

Aquella tarde se engrandecía por momentos. Rayaba en locura su satisfacción. ¡Moret, el gran Moret en su casa! Se hizo moretista. ¡Cómo que era la única salvación del partido liberal! García Prieto, sí, era un buen político laborioso, honrado y el tratado Franco-Español era obra suya. ¡Al fin, engrandecimiento de circunstancias! Romanones ¡nada! ¡Un bolsón de duros! Nada más, Urzaiz, un maniático, un moralista exagerado. ¡Moret! ¡la gran pirámide!

Justina sería la Reina de la fiesta ¡y Moret dejando escapar hacia su trono radiante, bandadas de ruiseñores, manojos de rosas!

Eran para él días alegres, intensos, rebosantes de gozo, de locura, de vanidad...

Asistía más puntual que de ordinario a la tertulia. El tiempo era escaso y los preparativos muchos y difíciles. Había que hablar. El hablaba mucho, poniendo en cada palabra el sabor de su gozo inmenso.

Un día entró radiante, ebrio. Se le saltaba el júbilo por los ojos grandotes.

— ¡La gran noticia, señores míos! Don Segis me escribe aceptando la invitación.

Cobraron ánimos los iniciadores. La cosa se presentaba bien. Don Pablo leyó pausadamente, con grave emoción, la carta de don Segis—cuatro renglones, contando con la fecha y la firma.

Por aquel entonces «El Adalid» emprendió una campaña valiente, decidida, por la «Fiesta del árbol».

¿Era una casualidad? ¿era táctica estudiada? De los juegos florales ni un artículo, ni una línea, ni una miserable gacetilla recogiendo siquiera el rumor que había ya llegado indudablemente hasta ellos.

¿Dónde esta Aulo Gelio, el Glosador de las fiestas brillantes, floridas, bellas?

La camarilla comenzaba a disgustarse. No comprendieron el silencio. ¿A qué obedecía? En los comentarios del Casino, don Pablo no desplegaba sus labios, otras veces, tan locuaces, tan expansivos.

Les intrigaba. Algún misterio.

Propuso don Pablo: ¿Y por qué no fundamos un periódico nosotros?

Era difícil. Un periódico diario es algo más complejo, más comprometido que los «Juegos florales» embellecidos por la rutilante oratoria de Moret, siempre lozana aún bajo la nieve de sus canas.

Aparecían nubes en el horizonte. El entusiasmo iba perdiendo la lumbre de su fervor.

La fiesta del árbol encajaba en las opiniones, arrastraba prosélitos; *El Adalid* ganaba los cerebros, apoderábase de las simpatías.

Los rumores se esparcían por la calle; todo el mundo hablaba de los proyectos y en los tonos había matices distintos: acres, humorísticos, apasionados... las

ideas, nobles, bellas, en su pureza mental, adquirirían en boca del vulgo relieves groseros, íbanse trocando en asuntos personales.

A todo ésto Aulo Gelio continuaba en su mutismo. Se esperaban con ansia sus glosas. Todos los días se arrebatában los periódicos por bucear en los trozos floridos del poeta glosador.

Constituía un éxito para la Empresa.

Aparecieron las «Glosas del poeta». Llevaban un subtítulo: «A mi amada». Se duplicó la tirada de ejemplares. Siro se coronó en un espléndido nimbo de engrandecimiento. Admirables, de suma elegancia, de exquisita ironía. Empezaba con frases robustas, cortantes, plenas. Hacia el final venían las cláusulas rotundas, armoniosas, arpegiando rosas y penamientos para concluir en una sonrisa aristofánesca, de exquisita gracia. Triunfó.

Era un principio gallardo: «Glosas del poeta! Idos a todas partes. No temáis a nadie. No lleváis odios; en un cofre de sándalo nacidas, portáis el perfume de la

paz. El vulgo os estrujará, romperá con su crítica el encaje que os envuelve, para rasgar vuestras entrañas. No os importe. Antes que el vulgo, llegaréis al palacio de mi amada, y en aquel corazón adorado que con vosotras sueña, hallaréis un dulce reposo. Más felices sois que yo; sentiréis la caricia envolvente de unos ojos adorables...»

Internóse en la cuestión: todo el artículo revelaba una certera prudencia, un entrometimiento perspicaz, una intuición mitad picaresca, mitad felicísima.

Era ya la última palabra. Siro enlazó los dos proyectos ampliándolos, embelleciéndolos, prestándoles un vigoroso relieve de hermosa realidad.

Se prodigaron los elogios. «El Adalid» contó uno de los días más felices.

La Empresa, alborozada.

Don Pablo sostuvo una lucha formidable: no sabía si envanecerse o irritarse.

Aquel artículo que llamó la atención, que obtuvo tan franco éxito, que mereció tan unánimes alabanzas, estaba dedicado a su hija.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

Algunos le felicitaron a él.

El orgullo encrespaba su melena arrogante.

Pero «Aulo Gelio» no era Siro. ¡Siro! ¡Al fin artesano! ¡Trabajaba para comer! Aulo Gelio era el pensador, el pro-sista brillante, Siro el humilde tallista que está con las manos en el trabajo de sol a sol...

Se le acumulaba la bilis.

Acordábase de Moret, el primer Ministro, el gran hombre, acariciaba su carta de cuatro renglones, con los dedos gruesos, ensortijados y Siro se empequeñecía, se achicaba, evaporándose como una burbuja...

Pascaba por su despacho, pensativo, con las manos cruzadas a la espalda, la frente hundida,

Se sentaba, fumaba, volvía a moverse. Su pisar llevaba al corazón de Justina resonancias duras, inciertas, opacas.

Clavó impensadamente sus ojos en el periódico. Atrajo su atención un rótulo de gruesos caracteres, dentro de una orla elegante.

Aquello era algo. Leyó: «Para mañana: Glosas del poeta Siro: sensacional artículo de Aulo Gelio».

Le dió un golpazo el corazón. Con los ojos dilatados, fijos, estúvose largo rato entre aquellos caracteres que le fascinaban.

Lo leerían todos: se despertaba la curiosidad, se ansiaba el mañana que al fin rompería la niebla.

Y los gruesos caracteres parecía que se agitaban, dentro de la cenefa caprichosa como pupilas profundas, inquisidoras, pungentes que le trataban a él, a don Pablo Arsuaga, de ruín, de mezquino, de ambicioso...

Aulo Gelio se encumbraba; triunfaba... Se imponía el escritor en el espíritu de don Pablo, avasallándole en un anillo de esplendores ofuscantes, como el amante en el corazón de Justina embriagándolo en una nube de delicias.

Estaba nervioso don Pablo; sentía golpeteos en las sienes, tensión en todo el cordaje...

Del piso de arriba, atenuadas por la

techumbre, llegaron dulces, soñolientas, mansas las notas del piano.

Justina rememoraba sus amores, pensando, sumergida en él...

¡No, era imposible!

Moret vendría, honraría su casa, había escrito.

El otro era un artesano, trabajaba de sol a sol.

Levantóse airado, hizo trizas el periódico, no admitía vasallaje su alma rebelde.

Empuñó la pluma y comenzó a carraspear sobre el papel.

Se oía el piano, como un lamento, como una queja, en la penumbra gris del atardecer de invierno.





IV

En la Redacción:

—De modo que usted no *entra* en el Concurso?

—Estoy decidido.

—Pues sí que es una lástima. Se pierde usted la flor natural.

—Poetas no faltan.

—Poetas sobran. Probablemente no hubiéramos leído ninguna composición. ¡Ahí es nada! Si los Jurados leyeran tantas gansadas! Es para volverse locos...

—¿En tan baja estima tiene usted a los poetas?

—Ni baja ni alta. Para mí todo eso es chino.

—¿Y forma usted parte del Jurado calificador?

—¿Por qué no?

—Lo más natural parece, que el que haya de juzgar a un poeta, sepa lo que trae entre manos.

—No estoy conforme. Hoy no se juzga a nadie.

—¿Pues?

—Sencillamente. Los que no tienen reputación, los desconocidos, los que aún no figuran, van siempre al cesto; los demás ya están juzgados.

—¡Hermosa teoría!

—Hermosa, no; pésima: ¿pero qué le va usted a hacer? El mundo es así y no somos nosotros los llamados a cambiarlo.

—En ese caso, los que carecen de reputación, los que aún no son consagrados, jamás llegarán a serlo.

—Le diré; son muy pocos los que ascienden y eso, tras innumerables trabajos, después de incontable tiempo; la mayoría se rinde, no puede subir, se le ríen todos. Claro, que alguna vez consigue abrirse paso y entonces, cuando él, por su propio esfuerzo ha llegado a la cumbre, es cuando todos se la ofrecemos.

—Puede ser.

—¡Y tanto...

—Dejemos eso; si es una indiscreción

dispense, Siro. ¿Entra de por medio el amor en su propósito?

—Es la única causa.

—Se me antojaba.

—Sí, ustedes comprenderán que si yo aspiro a la flor es por elegir Reina a Justina.

—Ni más, ni menos.

—Como ella no ha de ser Reina, mi Musa me niega versos para otra.

Hicieron todos un gesto de extrañeza.

—No les maraville; es un tanto ridículo erigirse Reina viviendo en cárcel...

Don Pablo iba de fracaso en fracaso. Su vanidad, su loca satisfacción iba dejando girones dolorosos por el camino de sus anhelos infatuados.

¡Sólo don Segis le consolaba! ¡En algo se habían de distinguir los grandes hombres de los chiquillos insolentes!

Justina, a pesar de su enamoramiento, conservaba una buena dosis de sentido común. ¿Ella Reina de la fiesta? Sería una locura. Siro opinaba lo mismo. ¡Eran propicias las circunstancias para componer papeles!

Se comunicaron los pareceres. Más le agradaban a ella los versos de Siro, ingenuos, sencillos, vibrantes, en el silencio de la alcoba donde se fundían en íntimo goce estrofas y caricias.

Una doncella, Carmen, transportaba los mensajes de unas manos a otras. Tenían en ella absoluta confianza. Había motivos. Esta linda muchacha, pulcra y alegre, andaba en relaciones con un tal Alfredo, íntimo de Siro, que ganaba cinco mil reales de escribiente en el Juzgado.

Bueno, simpático, afable. Era Alfredo uno de esos a quien le daban cien patadas los romanticismos.

Estaba al tanto de los sucesos por Carmen, deliciosa como su nombre. Y Siro por Alfredo.

Carmen refirió minuciosamente a Alfredo la espantable escena. Retemblaba la casa con los golpazos de don Pablo sobre la mesa.

¡El pondría fin al desbarajuste! ¡No podía consentirlo! Planteó a su hija el terrible dilema: o accedes a lo que te pido, o te mando a cien leguas de aquí,

a donde no llegue ni la sombra de ese mamarracho!

Doña Angela lloraba, Justina lloraba, la servidumbre medrosica, de un lado para otro, sin hacer nada.

Pocos espectáculos como aquél.

Carmen y Alfredo hablaban en la calle. Le entregó una carta para Siro y se despidieron. Estaba con prisas. La menor demora ponía en grave riesgo.

—A la noche no faltes con la contestación.

—Adiós, cielo.

—¡Loquísimo!

Siro leyó la carta. Se lo temía. Justina le anunciaba su viaje próximo, no sabía a dónde. Probablemente a casa de los duques de Villapando, íntimos de su padre.

«Me voy, Siro de mi alma, me llevan, me arrastran, quieren separarme de tí para que la ausencia engendre el olvido. No te desanimes. Viviendo lejos es cuando se está más cerca. Por de pronto nos escribiremos con mayor frecuencia, con más libertad. ¡Esto es cruel, es doloroso! Pero te quiero tanto, que sólo

una caricia de tus recuerdos me da fuerzas para soportar el tormento. ¡Oh, si supiera, si no tuviera fe en tu amor, desfallecería rendida! ¡Es mucho sufrir!» Siro palideció de coraje. ¡La llevaban lejos! ¡Cuánta ironía rezuman las cosas! ¡Con eso buscaban el olvido! ¡qué sarcasmo, creer que un alma incendiada se olvida como un paquete de caramelos! Volaría su espíritu tras el espíritu de Justina; no rompe la ausencia esa escala inconsútil que tejen los amores sobre el deseo de las almas!

Sorprendióle la entereza varonil del corazón de su amada; era fuerte, intensa, impasible al azote del infortunio. ¡Qué vigoroso amor amasado en el dolor!

Vínole a su memoria la idea flaqueante de su debilidad. Sentía vergüenza. ¡Si lo supiera Justina! Ella la arrogante, la gallarda, la firme, ante el apocamiento de su juventud masculina! Brotaba un amargo arrepentimiento. Le escocía el dolor de su pecado.

Triunfaba la voluntad paterna. Pero ¡qué triunfo tan efímero! Triunfo de

impotencia que consolidaba el amor. Lucha de voluntades, que se robustecían a cada golpe.

«Por si no puedo comunicarte más noticias, Carmen, a quien amo como a hermana, te dará todos los detalles. No sé cuándo voy ni a dónde. Todo, menos tú cariño, me es indiferente. No guardes rencor para mi padre. Alguna vez será también tuyo y debemos procurar no hacer aquellas cosas de las que sintamos algún día arrepentimiento. Te quiero como nunca, vida de mi vida».

¡Alma grande la de Justina! Cada latido una efusión de amor, cada anhelo una virtud!

Irradiaba amor como los rosales rosas, sin que existiera un objeto, una idea, un rasgo sobre el que no vertiera el intenso perfume de su gracia consoladora y amante.

La tarde declinaba. Un crepúsculo maravilloso que ponía una roja coloración sobre el paisaje árido.

Alfredo llegaría pronto a recibir la carta y era forzoso escribirla.

Encendió un cigarro.

En el silencio del taller galopaba la pluma, anhelante, tumultuosa.

Hizo una brusca parada. Esa parada que nos desconcierta cuando a la pluma impaciente no baja la idea que urge, el verbo que necesitamos.

De entre los dedos nerviosos, largos, subía un hilo azul, transparente, aromático.

Fumaba. Sonrió al fin y proseguía la pluma su loca carrera, arpegiando emociones. Se detuvo de nuevo. Miró el reloj, iban a dar las siete. Alfredo aún tardaría media hora.

Rompió el pliego y comenzó en otro.

¡Le entristecía su alejamiento! Ya no la vería más tras los cristales, sonriéndole dulcemente, cariciosamente, en un infinito halago de ternura.

Pero aquella muda contemplación, ¿no era un tormento de azogue?

Se atropellaban las emociones en confusión nebulosa y la pluma iba agarrándolas una a una para disecarlas sobre el papel.



Aquella carta tenía lumbres, debía abrasar las manos que la poseyeran.

Vibraba en ella todo su espíritu, con inquietudes, con tristezas, con esperanzas.

No cuidó de las palabras, como en otras; el afecto arrastraba las frases y éstas caían de la pluma a borbotones como sangre que fluye de la herida.

« ¡Mi amor, mi alma, mi vida, mi ilusión, mi cariño, mi todo! ».

Como persiguiéndose unas a otras, saltaban de la pluma exclamaciones románticas, gemebundas, idolátricas.

Llenó las cuatro cuartillas. No quiso volver a leerla, hubiera roto el pliego en el ansia desesperante de no dar con una palabra que aprisionara su corazón, su pensamiento para llevarlo a su amada.

Cerraba el sobre cuando Alfredo abría la puerta.

—Tómala.

—Ya está Carmen esperando. Hasta luego.

Siro arrojó la pluma con rabia.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

— ¡Parece que vales algo y no sabes  
ni decir ¡te quiero!

Paseaba y fumaba...



VI

«Ayer, en el expreso, salieron para las posesiones de los Duques de Villapando nuestro respetable señor y amigo distinguido, el opulento capitalista don Pablo Arsuaga y su encantadora hija Justina.

Lleven feliz viaje y que la estancia en la «Villa-Aurea» les sea agradable».

—¡Esto sí que tiene bemoles!—exclamó Alfredo, después de leer el rimbombante «Eco de Sociedad» en «El Adalid».

—Podían haber puesto debajo: «la compañía te saque los ojos». ¡De modo, que a mi nena—que vale bastante más que todos—la dejan con un palmo de narices! ¡Me gusta, hombre, me gusta! ¡Como si no fuera persona! ¡igual que una maleta! ¡Mira, tú, Aulo Gelio, dí al Director, de mi parte, que si hace tonterías le rompo la cabeza!

Estaba furioso.

—Pero si el Director no se ocupa de esas cosas.

—¿Pues quién?

—El encargado de los «Ecos».

—¿Julio?

—¡Claro!

—¿Ese fideo? Ya nos veremos. Por supuesto, que todo eso de «opulento» y «Duques» y «Villa-Aurea», es para que don Arsuaga le dé un empleo de *chupatintas* en el despacho. ¡Si conoceremos el paño! Conmigo hizo oposiciones a la plaza que tengo. ¡Había que verle y oírle! «¿Qué es recurso de alzada?» le preguntaron, y se quedó viendo visiones. «¿Dónde está Bulgaria?» Y contestó ¡en Europa!

—Oye, tú, pues dónde está?

—¡Ah, no, creo que dijo en Asia!

—¡Ah, vamos!

—Sí, sí, dijo que en Asia. Pues mira, ahora lo tienes de Redactor en un periódico. ¡El ilustrado redactor! Como le vea, le mato.

Todo porque Carmen—su novia—se

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

marchó con Justina y no la citaron en los «Ecos».

—Yo creía que tú no te ocupabas más que de los garbanzos.

—Si no es que me importe, ¿sabes? pero ciertas cosas le duelen a uno.

Aquella tarde tropezó con Julio.

—Un momento, ¿Quiéres un «Eco»?

—Con mil amores.

Julio desdobló la esquela: «Ha salido para Villa-Aurea la bellísima señorita Carmen Elizalde».

—¡Muy bien!

Se despidieron. A la vuelta de la esquina, Julio rompió la esquela.

—¡Ahora te diré yo donde está Bulgaria, majadero!

Siro vivía impaciente. Le mordía aquel tan absoluto silencio. Bien es verdad que don Pablo aún no había vuelto y Justina, en lugar desconocido, no podría aprovechar ocasión alguna para ponerle cuatro letras. ¡Y cómo las deseaba su corazón! Sentía sequedad, abatimiento, pesadumbre. Flotaba en su alma una niebla densa, opaca, fría, rozándole siniestra-

mente. ¡Qué días tan largos, qué horas tan interminables! Se sucedían con la lentitud de los siglos. La vió partir; estaba ojerosa, delgada, pálida como una virgen de cera. Elegantísima.

Desde que amaba a Siro ostentaba un lujo asiático. Era una ofrenda magnífica al amor. Vióla subir al landó, balanceándose la gallarda pluma blanca sobre el amplio sombrero de raso. Ni una sonrisa. ¡Por los bigotazos de su padre! Oyó el frufuteo de la falda, al subir el pie— aquel pie lindo, calzado con zapato de charol,—vió el arranque de su pierna, casi ténue, brillante, rítmico, enjoyado con media de seda... ¡Oh tortura desgarrante, deliciosa, de aquellos deslumbradores destellos de su hermosura idolatrada!

Galopaban los caballos... ¡igual que su pluma, la última noche, arrancándole ilusiones, amores, venturas!

Desapareció en una nube de polvo.

Ya no la vería más tras los cristales, con aquella su ensoñadora cabeza peinada a lo Margot, con su cinta de seda por

la amplia frente, aprisionando como una diadema su pelo negro, ondulante, perfumado que caía recogiénose a los dos lados de su cara, como nidos ocultos de caricias...

El, sin embargo, paseaba por el jardín mustio, bajo los cristales, en pos de una loca esperanza.

Pero los dedos largos, bonitos, no descorrían los brise-brise de muselina, al caer la tarde.

Parecíale el jardín una vasta soledad inhabitada. Ni el rumor de una hoja, ni el aleteo de un pájaro, ni el eco de una voz...

Todo árido, como su alma.

El espíritu transforma esas concentraciones de sí mismo en hondas cavernas donde se fragua el dolor, con duros martillazos, sobre el yunque estridente del infortunio. Pensamientos, dolores, afectos, sensaciones, toda la onda de la vida parece que es arrastrada por el correr de la sangre, hacia esas profundas grutas para convertirse todo en dolor, en amargura, en pesimismo. La tristeza ejerce un influ-

jo central, convergente, avasallador. En ella va a sumergirse el latido de la existencia y en su fondo se anega, como en el mar el agua caudalosa de los ríos.

Siro, bajo las acacias sin flor, pensaba :

—¿Qué me ofrece la vida, el mundo, en compensación de mi amargor? Ella que parece tan abundante, tan alegre, tan rosada, tan amplia, no tiene una gota de consuelo para mi tristeza, un perfume para mi llaga.

—Es inútil que me cobije bajo su manto de flores, están para mí marchitas, ajadas, reseccas como las ramas de las acacias.

—Sus esplendores, sus fiestas, sus galanteos, la copa incitante de sus placeres no pueden alejar el hastío, que muere mis entrañas, en la ausencia del amor.

—¿Y qué es al fin el mundo? ¿no es el reflejo de nuestras ideas, de nuestras ilusiones? ¿no es una síntesis que flota en el ambiente, saturándonos, impeliéndonos, extraído de la médula vital de los individuos?

—Pues nada puede darme para mitigar



el dolor; que mis actos, mis ideas, mis ilusiones tienen ya su mundo, su morada, el palacio de sus delicias, en el deleite supremo de aquellos ojos que me buscan por todas partes.

Hasta Alfredo echaba de menos su Carmen.

—Parece que no es nada y ahora veo que es todo. De día menos mal, uno se distrae; pero el rato de la noche se me hace insufrible. ¡Me ha aguado la fiesta el tío ese!

—¿Te escribirá Carmen?

—¡Cá! Si es caso, alguna postal bonita que encuentre...

—¿Y tú tan conforme con que no te escriba?

—¡Toma no! ¿qué hago yo con una carta ni con dos? Que me quiere y que le quiera, que no me olvida y que no le olvide y que ande formal y que no le engañe ¡si toda esa letanía me la sé de memoria! ¡Y no puede decirme más!

—Pero aunque no sea más que ver su letra suponer el cariño con que lo hace...

— ¡Suposiciones, chico!

— ... tener en las manos algo que han tenido las tuyas, ¿tú no besas sus cartas?

— ¡Mira, chico, a mí no me... ¡bah, bah, bah!

— ... pensar que aquellas letras tienen una mirada de sus ojos, que aquellas palabras tiernas han vivido en su corazón, han nacido de su sangre, han sido—antes que palabras en sus labios,—cariño, ternura, ilusión, afecto, jugo de su alma y que por ser tú ¡nada más que tú! por enviartelas a tí, a tu alma, a tu corazón, las arranca de la suya y de amor las convierte en frases para que se meta en tus entrañas, acariciándote antes los ojos ¡los ojos cuya luz ve ella en todas partes, cuya sonrisa es su sueño dorado!

— Nosotros no entendemos de poesías.

— ¡Llámale poesía si quieres! ¡bendita poesía la que nos hace vivir y soñar y querer a una mujer hermosa, amante, que nos lleva en sus entrañas!

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

—Nosotros al garbanzo, al garbanzo.

—A mí no me la pasas, Alfredo; ¿y cuando le dices muy amartelado: ¡Cielo mío, vida mía! ? ¿también eso es garbanzo ?

—¡Hombre, algo hay que decirle!

—Mira, Alfredo: todos somos unos. Todos, cuando queremos a una mujer, buscamos frases dulces, comparaciones divinas, palabras bonitas, exclamaciones ardientes. Todos, al lado de ella, nos sentimos poetas, cantores, idealistas. Lo que sucede es que cuando se juntan los hombres, muchos se complacen en reirse de esas cosas, en llamarlas embustes, sandeces, tonterías. Con eso, les parece que ya son más de su sexo, más fuertes, más hombres... Es una ley de la vida que a todos pide cuentas y a la que rinden todos pleitesía. Tú te ries de mis cosas y no eres consecuente, porque la primera noche que hables con Carmen le dirás que se te ha abierto el cielo, que sin verla te era imposible la vida, que en sus caricias está tu dicha, etc., etc.

Los demás amigos reían y comentaban,

poniendo en las glosas mucha sal de picardía.

El taller se convertía a ratos, en escuela de amor y de travesura.

BND



## VII

Paseaban por el claustro, lleno de sol. Don Jenaro—el viejo Profesor de Psicología—conversaba con el joven doctor en Ciencias, León Inchausti.

—Hace tiempo que no me ha hablado usted de sus amores.

El octogenario catedrático se complacía platicando del amor. Fué gran apasionado en su mocedad, y aún se empeñaba en renacer bajo la ceniza de sus ochenta años una chispita de esa lumbré consumidora.

Su levita era impecable, perfumaba los mechones blancos y fluía un agradable aroma de su pulcritud.

Sonreía con picaresca dulzura.

El doctor, con amarga melancolía, recitó los versos del poeta:

« ¡Sepulcro de cristal! ¡Agua dormida!  
Sobre tu espejo mi esperanza flota  
como ave muerta del cénit caída! »

Resonaban los versos doloridos, con un temblor grave, arcaico, de cosas muertas, sobre las losas del claustro.

Don Jenaro dejó escapar una risa regocijante :

— ¡Caramba, caramba! ¿Trenos, eh?

— ¡Trenos, valle de soledad, copa de amargura, alas rotas!

— Volvió a reír don Jenaro :— ¿Ahora en prosa ?

Más reposado, habló el joven catedrático :

— Suponga usted un muchacho que desde los catorce años anda por Institutos y Universidades y Escuelas libres, con buenos duros en el bolsillo, sin un dolor de cabeza, con regular presencia, rozándose con coupletistas, actrices, cocotas suizas y todo el repertorio que se halla al alcance de las pesetas y de la poca vergüenza ; suponga usted el mismo joven, ya en los veinte años, frívolo, escéptico, mujeriego, que se ríe del amor a la luz de la luna, que detesta la poesía feminizante, que se burla del noviazgo, que estima como gansadas las frases cariño-

sas, balbucientes, romancescas: Y cuando haya usted sintetizado todas estas suposiciones—que son verdad—puede usted creer, mi querido don Jenaro—que ese tipejo soy yo?—Le cabe a usted en la imaginación que ese mismo se enamore con tan estupenda locura, con tan ciego cariño, y que incurra en esas mimosidades de niños cuando piensa en ella y que coja la pluma para escribir sonetos, ¡precisamente en esas noches diáfanas en que abro la ventana para que entre de lleno en mi cuarto el rayo de la luna? ¿No le parece a usted algo absurdo, inconcebible?

Reanudaban el paseo. Don Jenaro complacido, manteníase en absoluto silencio. De vez en vez posaba sus brillantes pupilas en el locuente como queriendo anotar en el movimiento de los párpados el curso inquietante de la emoción.

—¡A mí que no me digan; el amor, ese amor loco, intenso, apasionado, existe. Podrá haber momentos en la vida en que nos riamos de él, en que le acribille-

mos con sátiras cruentas, en que creamos que todo se reduce a manosear brutalmente el opulento seno de una mujer hermosa, sensual, neurótica; pero eso es una ilusión, el verdadero amor que no es solamente sensual, sino profundo, íntimo, espiritual, constituye una realidad ¡ya lo creo! Sólo que a mí me parece que ese amor duerme en el fondo del espíritu hasta que no haya columbrado en el mirar de unos ojos, o en el pliegue de unos labios o en la vibración de una frase de la mujer, aquel otro amor que a él le corresponde. Porque yo no opino que esa suprema fuerza emocional se integra en un solo espíritu, lo que yo creo, es que el amor forma una atracción universal, eterna, algo así como el éter que nos satura y que va desprendiéndose por los espíritus de todas las generaciones en partículas impalpables, que se asimilan la modalidad inherente a cada temperamento y que luego se buscan en las personas para compenetrarse nuevamente irradiando su lumbre por medio de los sentidos.



—Otra explicación de este fenómeno me parece que no lo aclara. ¡Figúrese usted si por mis ojos, hasta por mis manos, habrán aparecido mujeres más hermosas, más atrayentes, más dulces y deseosas, más esbeltas y enloquecedoras que Justina Arsuaga con los poderosos encantos que embriagan en esa bendita mujer; ¡sin embargo, yo nunca he sentido estas raras sensaciones, jamás me han sugerido este enloquecimiento que me turba! Le soy sincero, don Jenaro; no es obra del tiempo, ni asunto de familia, ni impulso del interés. En aquel mismo momento en que sentí su mirada sobre mis ojos, quedé enamorado de Justina. ¿Cómo explica usted ésto?

Pasearon gran rato en silencio. En el claustro tenían las pisadas un sonido cóncavo, armonioso, evocador.

Sobre los capiteles, dorados al sol, ascendían rígidas, esbeltas, las copas soñolientas de unos cipreses.

Simulaban pensamientos de un Estoico.

Comenzó el viejo:

—No carece de originalidad su teoría sobre el amor; más permítame el docto enamorado que un vejete que lleva ya ochenta años ofrendados al amor y a la ciencia del amor, ponga algunos reparos a la explicación de ese fenómeno tan dulce como misterioso.

—Si esa partícula, asomándose a las celosías engañosas de nuestros sentidos, busca aquella que debe integrarla, unificarla, ¿cómo es que al enamorarse usted tan ciegamente de Justina, ella no corresponda a su amor? Porque en la galana teoría de usted, es preciso que al enamoramiento de uno—o sea al despertar de una partícula—responda el enamoramiento recíproco de la otra—o sea, también el mútuo despertar de lo que usted llama partícula y yo *gloria*, aún en el crepúsculo de mi vida que es como si dijera, en la plenitud del desengaño. Comprendo perfectamente la rareza del caso y no veo cómo pueda explicarse cumplidamente, eso de que en un momento dado, una determinada mujer produce completa metamorfosis en el pro-

ceso evolutivo de nuestra vida sensacional, y hace subir a flor de la epidermis sensaciones ignotas que por lo visto—como muy bien decía—circulan en el fondo de nuestro espíritu. ¿Sucede ésto—como usted piensa—cuando en una sonrisa, en un amago de beso palpita una excitación al amor que aún yace oculto? ¿Pero y cuando no existe mútua correspondencia como en el caso de usted y de Justina?

—Es que ese muchacho, con su aspecto de Adonis y sus ojos románticos ha podido fascinar a Justina de tal modo que ella traduzca amor lo que bien pudiera ser un deslumbramiento. Yo no sé si en ella habrá despertado el verdadero amor. Y aquí me hundo en un nuevo abismo. ¿Los afectos que se remueven en nuestro espíritu presentan cada uno sus matices diferentes para que una reflexión detenida pueda discernirlos?

—Se me figura que filosofa usted demasiado.

—¡Y siempre a favor de mis deseos. Eso es lo triste, que ni puedo dar ex-

pansión al cariño, ni sepultarlo bajo la fría piedra de una completa desilusión. ¿Pero usted comprende que Justina haya podido enamorarse de Siro?

—¡Ya lo creo! Y si no fuera por usted diría que me alegro de tan original aventura.

—¡Pero, señor mío, confronte usted las dos posiciones, júntelas y resultará un absurdo!

—Yo confronto los espíritus y me resulta un idilio envidiable.

—¡Pero con los espíritus no se come, no se salvan las situaciones!...

—Quiere usted decir, que si Justina se casa con Siro no podrá mantener el lujo, la comodidad, la opulencia de que hoy goza ella.

—¡Claro, y eso puede traer a su corazón la desdicha de toda su futura existencia!

—No pienso como usted. Ante todo, debo advertirle que Siro ocupa actualmente una confortable posición, no tan brillante—desde luego—como la de Justina, pero si que nada deja que desear.

Créame usted, que gana más que un Catedrático de Psicología y gasta menos; él no lleva a diario levita ni sombrero de copa. Y es además, un muchacho que promete mucho. ¿No le han sorprendido a usted en sus obras esos trazos geniales que relampaguean en las de Querol? ¿Y el perfil de su alma? Está educado exquisitamente; ya ve usted cómo maneja la pluma; frase limpia, transparente, sonora; son centelleos sus ideas, son flores sus cláusulas. ¿Le extraña que enamore a Justina?

—De modo que usted cree que se realizará ese matrimonio?

—¡Ah, no, ni creo ni dejo de creer! Es ya otra cuestión en la que entran muy distintos factores. Y luego que Siro y usted son dos potencias formidables que se disputan un... Palacio encantado; nada me extrañaría que usted sufriera una completa derrota porque cuando usted se apercibió a la lucha, yo creo que el otro combatiente habría ya trocado su espada por el laúd. Estaría ya dentro.

—¿Y si viniera en mi auxilio otro más

poderoso que lo arrojase?

—Mire usted; tienen tan especial estructura esos castillos que una vez que lo fortifica su verdadero rey, se hace casi imposible la entrada.

—Dejemos la metáfora; le digo esto porque don Pablo me dió palabra de caballero de que su hija se casaría conmigo.

—Entendámonos, ¿usted, qué es lo que pretende? ¿el amor de la hija o la promesa del padre? Porque si quiere usted lo primero, se lo dará la hija y nadie más. A don Pablo le parece que el corazón de su hija es como el dinero de su bolsillo...

Hubo una pausa. Llegaba bronco desde la Iglesia el canto profundo de los canónigos que salmodiaban en el coro.

Se posaron unas palomas sobre los minaretes puntiagudos del tejado, como lirios florecidos en la tarde azul.

Un grupo de monagos alborotaban en un rincón, fumando colillas que apesataban.

—Ha hablado usted con mucha clo-

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

cuencia — prosiguió el joven — pero no puedo creer que esa sea la verdad. A mí me entristecen, y las verdades deben ser como las Musas, sonrisa de la bondad, de la belleza... Y es que Justina no sabe aún lo que yo la quiero; ignora las efusiones de mi espíritu, ignora mis pensamientos, no me conoce ¿cómo me ha de amar? No he tenido ocasión de hablar con ella, de perfumar su alma con mi cariño, ¡quizás me teme! Y eso me conforta en mi amargura. Ella no ha escuchado a lo mejor más que a Siro, ella acaso desconoce a otro hombre, no ha visto otros ojos que miren con más ardor, otros labios que hablen con más elegancia, otro corazón que palpite con más fuerza...

—La cuestión es que el desco haya perdido sus ímpetus; alma que ya no desea, es alma inconquistable, porque está satisfecha. Si a Justina le parece que no puede ambicionar cosa alguna, es tiempo perdido.

—¡Pues eso es lo que digo! Ahí está el nervio del conflicto. Cuando a mí me

atormenta un deseo y voy a colmarlo, me parece que ya ha desaparecido en el primer objeto que se me presenta a los ojos, pero a la media hora, dos o tres pasos más adelante, me encuentro con otro objeto que brilla con otra luz, que exhala un nuevo aroma, que acucia más mi codicia, y aquel deseo que lo juzgaba extinguido renace y vuelve el tormento y me lanzo otra vez a buscar algo que lo sacie. Es la ley de nuestro espíritu que regula el curso de la vida. La primavera florece y se marchita y vuelve a dar rosas. Los cultos se iluminan de esplendores, se arrinconan obscurecidos y lucen otros nuevos. Los astros fulguran, se apagan y brotan otros radiantes. ¿No sucede lo mismo con los gustos? No nos bastaba una página bella porque leemos al azar otra más luminosa? ¿No han predominado, en épocas sucesivas, con su apogeo correspondiente los estilos clásicos, los estilos góticos, los románticos, los del renacimiento?

—Con el cerebro acontece lo propio. Hoy rinde culto a una verdad y mañana la



sepulta con una carcajada irónica. Pues yo no se porque el corazón—siendo algo humano, lo más hermosamente humano,—ha de sustraerse a esta ley que tan marcada huella imprime en las cosas.

—Hoy se ama un objeto, una idea, una persona porque nos parece que es la más apta, la mejor concebida, la más deseable; viene mañana otra, nos despierta una sensación dormida, un afecto ignorado, nos abre una ilusión, nos hace oír un ritmo nuevo y el ídolo de ayer cae y se adora el nuevo, más glorioso.

—¿Concluiste, divino Platón?

—Ya no sé ni lo que he dicho.

—Cosas muy halagadoras, como cuando el aire roza las cuerdas de una lira. Tú te has creído que te escuchaba Justina—esa mujer que debe tener carne de flor y alma de luz—pero fíjate que hablas con un viejo... ¡Con dos discursos como ese, le pones en trance apurado a nuestro florido Aulo Gelio. Ahora que ella está ausente, ¿por qué no le escri-

bes esas cosas y no evaporarlas en el austero ambiente del claustro? ¿te crees que aquí germinarán? ¡Todo es aquí de piedra, querido!

—¡Cómo que está ausente para que la escriba! ¡quizás no reciba otras cartas!

Los canónigos, altos unos, gruesos otros; pausados, graves todos, cruzaban por el claustro, ya anochecido, con sus rojas mucetas, sus hebillas de plata...

Se levantó un rumor sonoro de manteos. Luego nada: la luna envolviendo los sepulcros de piedra en el sudario de su lumbre de muertos...



## LIBRO SEGUNDO



### EL PSALMO DEL MENDIGO EN LA TARDE AZUL

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra



## I

Villa-Aurea es la mansión de los duques de Villapando.

Dos viejos acartonados, algo gruñones, sin otro afán que el rezo, ya en el ocaso de sus opulentas vidas.

Bajo aquellos techos de austeridad el amor esparcía máculas profanas. Tenía que plegar sus alas juveniles, como un piano durante los días de luto.

Justina se dió cuenta de su nueva morada. Era otra cárcel. Aunque mejor parecía celda de Monasterio oculto, a donde no llegaba el rumor de las cosas mundanales.

Se levantaba para las ocho, oía misa en el Oratorio de los duques, desayunaba con ellos y el Capellán—un vejete sim-

pático,—y conversaba con la duquesa o arreglaba flores o se aburría soberanamente hasta la hora de la comida.

A la tarde—si hacía sol—paseaba con su doncella por el campo.

Eran los momentos felices de aquella monótona existencia; desfloraban recuerdos para acercarse a la realidad, apuraban todo su zumo exquisito, refloreaban impresiones, recomponían escenas, hilvanaban detalles y el alma se impregnaba en la loca enajenación de un ensueño amoroso.

Obscurecido ya, tornaban al palacio, la cárcel obscura, la celda del monasterio oculto, a paladear la amargura del desencanto.

En los ocho días que llevaba en el destierro, aún no había visto acercarse el cartero al suntuoso portalón de Villa-Aurea.

El palacio distaba camino de una hora del pueblo más cercano; y se encontraba en la imposibilidad de escribir una postal.

Lo único de que pudo enterarse, que

el peatón no hacía el viaje al Palacio sólo por una carta—que equivalía a cinco céntimos.—

¡El dije más costoso hubiera dado Justina a cambio de una carta de su Siro!

La tristeza le devoraba, le roía los tuétanos, poníala a ratos nerviosa, irascible, loca y postrábala a veces en una intensa melancolía.

¿Quién sabe de la tempestad que rugge en las entrañas de la mujer amadora, cuando una mano de hierro comprime su corazón para despedazarlo?

Una tarde, a la vuelta del paseo, entrególe la duquesa unas cartas. Latióle su corazón como un golpazo. A punto estuvo de prorrumpir en alaridos de gozo.

Salió al balcón para leerlas, en la escasa penumbra del anochecer. No había luz en la estancia.

Avizoraron los ojos por las letras de los sobres; una era de su mamá, otra de una su amiga... ¡ésta!

Perdió los bríos su alma. No era de Siro. Sin abrirla hizo añicos, sobre y

carta, todo junto, y en pedazos menudos volanderos, que parecían rechinar dolorosos, perdiéronse por la calle.

Justina iba arrojándolos, no se sabe si con asco o con cierta fruición de venganza. ¡Eso te mereces! dijo al lanzar el último fragmento de aquella epístola perfumada. Era de León Inchausti, el catedrático de ciencias exactas.

Las otras dejaría para cuando se acostaba. Importábanle muy poco. Entró en la habitación, ya profusamente iluminada, con las facciones aún contraídas por el enojo.

El capellán y la duquesa que charlaban a la lumbre, cesaron repentinamente en su plática, al entrar Justina.

El tiempo iba despacio, como si él también se acurrucara al lado de los viejos duques, junto a las llamas, en las noches de invierno.

Justina devoraba en vasos de hiel su amargura inmensa en ésta más que cárcel, soledad espantosa de su amor. A través de los cristales, nada; sólo en su alma el eco retumbante de las ilusiones



flageladas, sólo en su voluntad la losa fría de otra voluntad más fuerte que la suya. ¡Más fuerte! ¡Es que aún tenía resignación para soportarla! ¡Es que en los estragos del dolor se intensificaban los amores, y gustábale a ella—la enamorada febril—el agotamiento de todos los egoísmos ante la expansión acendrada del afecto, más limpio y anhelador de entre las torturas!

Si ella hubiérase enamorado del catedrático, de otro cualquiera joven que halagara la ambición de su padre, bien distinta fuera su vida de esta de hoy, dolorosa, cruel, llena de sufrimientos y de soledades. No era que intentaran marchitar en su corazón la llama del afecto, era que despreciaban al que la había encendido con la luz de sus ojos, con el calor de su verbo, con aquel viento perfumado que al entreabirse los labios en modulación de delicias, fluía cálido, susurrante de aquella boca que aún no probara el gozoso elixir de estos suyos rojos, siempre pará él abiertos como en un inefable ofrecimiento de gozos.

En el desprecio a su amado todo de su alma, ¿no palpitaba también el desprecio a ella, la hija única?

¡Qué torturador este pensamiento!

Como un clavo hecho ascua atravesábase de parte a parte su delicado cerebro de mujer. Sentía punzadas breves, hirientes, continuas en la sien. De tanto amasar pensamientos en la agria levadura del amargor.

A la noche, en su alcoba, leyó las cartas.

La de su madre, impregnada de sollozos. Era muy sensible que sucediera lo que estaba sucediendo, decíala en su carta: «A mí me es indiferente uno u otro, lo que yo deseo es tu felicidad. Eres la hija única, tienes todo mi cariño, y sólo te ruego, querida mía, que cuánto antes termine esta angustia, como quiera que sea.»

Un imposible. ¡Pobre mamá! También ella sufría en lo más vivo de sus entrañas maternas, en aquel nido caliente donde habíala dado el ser, a ella su única hija adorable.

Pero mamá pedía un imposible. ¡Cosas de la vida! ¡De esta vida que nosotros mismos nos forjamos, artificial, fingida, llena de postizos, sobre esa otra bien distinta, fundamental, amplia, de la voluntad y del corazón!

¡Pedía un imposible la mamá al pedir la felicidad de su hija! Ella no proponía soluciones al conflicto; lo detestaba en un supremo arranque de cariño. Era al fin madre, y en su cerebro como en su corazón, todo había de ser entraña.

Los hombres interponemos, clavamos la voluntad entre el corazón y el cerebro, para interceptar el curso de los amores hacia el tímpano de los cálculos.

Lloró Justina entre aquel deseo de su madre, que apenas brotado de entre ardores, lo destrozaba la realidad.

Con lágrimas en los ojos, dispúsose a leer la otra de su amiga. Era de dos pliegos, anchos, perfumados, de letra menuda, con rabillos que parecían morder.

¡Qué inmenso gozo! ¡qué plenitud de dicha que esparcía algo como un óleo

de perfumes sobre sus nervios irritados!

Le hablaba de Siro. ¡Vivía Siro, andaba Siro por las calles, como antes, pasaba Siro por debajo de los cristales, por los troncos desnudos del parque sin rumores!

Se inundaba de alegría, de una loca alegría de cantar, de moverse, de saltar de la cama, de abrazar a todos, de echarse al cuello de su padre y pedirle, humilde y sonriente, perdón porque parecía que yo no le quería...

¡Qué emoción tan excelsa, que suave sensación aquella que comunicaba a su alma, embriagando su carne, el nombre de su amado!

Venían luego las reconvenciones, serpeando por entre las líneas como un reptil por entre flores, los consejos con humos de Superiora, el recuento de chismes, la copia mortificante de chismografías... «¿sabes?, se dice por ahí...; no creas que lo invento yo, pero ayer en casa de las de X, ¿sabes? se hizo un rumor que...; no te enfades ¿eh? por tu bien, sabes lo que te quiero, muchísimo»,

y así, toda ella, dando puñaladas en el corazón herido y atribuyéndolas a otros después que hemos hundido la punta.

Tuvo Justina un acceso de rabia. ¿Qué era aquello sino envidia? ¿pura envidia?

Gracias que importábale poco. Tenía aquella carta un principio que era todo un idilio y además que, ahora leyéndola, tuvo la inenarrablemente dichosa ocurrencia de escribir a Siro, de abrir un paréntesis de aurora en aquel hielo de ausencia y de silencio, de comunicarse a él con toda su alma y su deseo y sus ilusiones y sus tristezas y recibir sobre las úlceras de su dolor los fluvios inmensos de aquellas sus cartas del amado que la colmarían de ventura, en el ritmo ya de sus corazones comunicados.

Cerrado ya el sobre y puesta la dirección para Siro, metería en otro sobre dirigido a su amiga y entregaría a la duquesa—la ordenadora de todo en aquella casa—para que la llevaran al correo. Carmen acompañaría a la criada, rompería el sobre al echarla al buzón en el

pueblo próximo y de camino se cercioraba de los días y horas en que se recogía la correspondencia.

Así burlaba en lo sucesivo la fiscalización de la duquesa. Le despertó la lluvia, a la mañana siguiente.

¡Qué fastidio! Ya no podría ir Carmen al pueblo; otro día de espera, ¡y quien sabía si ocho más! porque en rompiéndose las nubes no había allí manera de zurcirlas ni para un rato.

Era una broma pesada. Aquel velo tupido, color ceniza que cerraba herméticamente el horizonte y las cimas de las montañas, como una sábana mojada adherida al espacio permanecía a lo mejor, semanas enteras sin que se notara una rasgadura en toda su monótona amplitud.

Lloviendo, lloviendo sin cansancio, noches, mañanas y tardes.

Justina escribía en el gabinete contiguo a su alcoba. Carmen andaba por el tocador, arreglándolo para la toaleta.

Tenía ya un pliego escrito: echaba lumbres, trascendía del papel el aroma

de su amor como cuando se rompe un frasco de esencia.

Se detenía largos ratos, de codos sobre la mesa, y miraba como la lluvia chorreaba mansa, brillante, sin ruido, por los cristales.

BND



II

—Estoy pensando que al fin tus romanticismos te van a llevar al otro barrio.

—No me molestes, hombre, no me molestes y déjame en paz. ¿Tú no recuerdas a Carmen?

—Sí.

—¿No sientes su ausencia?

—Sí.

—¿No te produce tristeza su alejamiento?

—Sí.

—¡Pues, entonces!

—Pero como, duermo, me río, me divierto.

—¿Y cuándo estás triste?

—A ratos. No como tú, siempre. Lo menos has perdido cinco kilos y eso es un poco grave, mi amigo.

—¡Y perderé hasta la vida, porque ese tío está ya insufrible! ¿Le ves tú ahora



con qué satisfacción respira, con qué carcajadas se ríe en el Casino, en la calle, en todo sitio? ¡Saboreando un triunfo bien bajuno por cierto!

—¿Y no recibes nada, ni una noticia?

—Nada absolutamente; estoy desesperado, a veces me exaspero de tal manera que lo estrujaría entre mis manos. Sé que el catedrático escribe diariamente.

—¿Ella le contesta?

—No lo creo, no puedo creerlo.

—Pero es inexplicable que a tí no te escriba.

—¿Inexplicable? ¡De ningún modo! Si a ello le obligan no tiene otro remedio.

—¿Crees tú que venceréis todos los obstáculos?

—Todos, no lo dudes: si rechazan la amistad, Jueces no faltan. Ya sabe Justina que yo no puedo darle otra cosa que mi corazón y mi trabajo, lo sabe y lo acepta.

—¡Es un caso tan nuevo, tan raro, tan único!

—¿Por qué?

—Mira, Siro, al fin tu eres un obrero...

—¡Un obrero... sigue.

—Yo, aunque gano menos que tú, represento más, mi vida tiene una significación más noble, más aristocrática en la jerarquía social ¡y, sin embargo, pienso casarme con una criada!

—Y haces bien. Sería un desastre—como hay muchos—si te casaras con una señorita que no aportara una peseta al matrimonio, pero sí esas estúpidas exigencias de clase, por el mero hecho de que ganas la vida sin que de tí se afirme que eres un obrero... ¡hola, un obrero! ¡eso es muy bajo! Tú eres algo más, por eso llevas corbata y zapatos a diario y sombrero los domingos, perteneces a otra clase ¡y, sin embargo, ganas seis mil reales, lo justo para no morirte de hambre!

—No te enfades, eso ante todo.

—Me acaloro, nada más. Yo soy obrero, tallista, visto blusa, ¡esta blusa blanca que es la toga de mi arte! pero si mañana quiero vestir como puede ha-

cerlo un aristócrata, tengo cincuenta duros para comprar un arreo de etiqueta, cosa que tú no puedes hacerlo. Yo puedo comprar libros y revistas y periódicos, yo puedo viajar para educarme, para hacerme culto; tú con tu sueldo no puedes. Mi trabajo de obrero podrá no ser digno del rango de una mujer como Justina, pero mi educación, mi cultura, me pone al nivel de esas cumbres: ellas me han dignificado, siendo producto de mi trabajo.

—Sí, todo lo que tú quieras, pero el mundo no es así, no piensa como tú.

—El mundo es un detritus de nuestros actos rutinarios; ¿por qué piensa el mundo que yo no puedo casarme con Justina? ¿por qué le repugna el proyecto? porque no es lo corriente, lo usual, que un trabajador se case con una distinguida señorita.

—Y tiene razón no *pega*.

—¡Ah! de modo que tú también me crees indigno del amor de Justina?

—Eso no, ya sabes que te defiendo a

capa y espada. Además, tú no eres como la mayoría de los obreros.

—De lo que resulta que lo que separa a las clases, no es la riqueza ni el abo-  
lengo, sino la educación, la cultura, esas  
líneas espirituales que nivelan los espí-  
ritus.

—Conforme.

—Si pues el obrero puede pulir su  
cerebro, educar su alma, ser culto, hon-  
rado, distinguido, ha roto ya las cadenas  
que le separan de las clases altas. ¿Y  
crees tú que esa fusión de la clase traba-  
jadora con la linajuda no aportaría be-  
neficios a la Sociedad? Yo que nunca  
conocí la abundancia, la comodidad, tu-  
ve que privarme de muchas cosas, tuve que  
luchar y la lucha me hizo fuerte, vigo-  
rizó mis músculos, robusteció mi orga-  
nismo y aunque vosotros me juzguéis ro-  
mántico porque amo con pasión, yo creo  
que la vida es una inmensa voluntad pre-  
potente que nos empuja a luchar para  
conquistarla, para hacerla nuestra. Somos  
más fuertes que vosotros los oficinistas,  
los educadores, los catedráticos, los du-

ques, porque absorbemos más naturaleza. Dad a nuestra generación vigorosa la delicada y muelle de los aristócratas y germinarán razas fuertes, llenas de salud, de savia.

—O sea, la redención del proletariado por el casamiento de todos ellos con las señoritas ricas. ¡Un socialismo nuevo!

—Justo, aquí, todo lo que no nos conviene es socialismo, así va el mundo.

—Mira, dejémonos de músicas; aquí lo positivo es que Justina no te escribe, que el Catedrático va diariamente al buzón, y que el tío ése te está jugando la tostada, y es menester que el ambiente se despeje. Tú estás luchando hoy contra el dinero, contra la aristocracia, contra el sentido común, por decirlo así, y es mejor que antes de sucumbir, te decidas por una cosa u otra.

Llameaban los ojos de Siro, fruncía la boca nerviosa como si tascara un freno.

—Te han arrebatado el objeto de tu cariño; han roto toda posible comunicación de tu alma con la suya; te están

desprestigiando cuanto pueden, de la manera más burda, pero al fin de desprestigio; niegan tus méritos literarios; intentan enemistarte con el Consejo de Administración, tratan de abrir un taller de escultura y decorado con el fin exclusivo de quitarte ¡hasta el pan! de tu boca, a no ser que cedas y renuncies al amor de tu adorada...

—¿Eso es verdad?—dijo desgarrando un lamento.

—Eso es verdad. Te amontonarán los obstáculos para impedirte la respiración si pueden, a más no puede llegar el orgullo, la ira, el cinismo; y yo, aunque te acibare el alma, quiero hablarte con claridad para tu gobierno; ¡Siro, haz algo...

—¿Y qué? ¿desesperarme? ¿olvidar lo que me es imposible?

Paseaba nervioso por el taller. A veces se paraba en seco, frente a su amigo y daba un rugido: ¡hasta el pan!

Al rato volvía a su tarea. Trabajaba en una capillita de estilo ojival, clasificado en el del período último. Obra

exquisita, exhuberante y a la vez tenuísima, inmaterial.

Dejaba el trabajo para unir la conversación :

—¿Y don Pablo qué es, qué ha sido, qué títulos académicos ostenta, qué blasón le pertenece? ¿es su origen más linajudo que el mío?

—Tiene dinero.

—¡Dinero! ¿No lo puedo tener yo? ¿acaso es más noble conseguir dinero vendiendo jabón, que tallando relieves? ¿no pertenece a lo más ínfimo según las categorías sociales? Por ningún lado aparece su cultura, su nobleza, su distinción.

—Siro, no te canses... haz algo.

Ya no hablaron del asunto. Alfredo era un buen muchacho que laboraba por el prestigio de su amigo. Era menester advertirle, ponerle al frente de la batalla.

El estaba muy tranquilo; ningún tropiezo pondríanle en el camino llano de su vulgar amor.

Carmen era una criada.

### III

Siro no salió aquella noche. Estaba muy endolorida la llaga para que pudiera ocultar su dolor con la charla insípida de la tertulia, en el *bar* de la Marichu o en la Redacción.

Después de cenar se encerró en su cuarto. Se atropellaban las ideas en su cerebro y las emociones en su corazón, como las aguas cuando se rompe el cauce. Quería estar solo, saborearlas una a una, empaparse en ellas, hacerse fuerte, audaz, nutriéndose de sus propios pensamientos.

Abrió la ventana. Se dilataba un olor a naciente primavera bajo las estrellas tremelucientes. De codos sobre la ventana quedóse mirando los astros. A veces dominaba un absoluto silencio, cuando no se percibía el rumor de algunos pasos, el ruido de coches o algún ladrido quejumbroso.



Acaso, como él, en aquella hora de silencios, Justina asomada en su cárcel del palacio, fijaría sus tristes ojos en la misma estrella que contemplaba Siro.

Túvole compasión a la infortunada, a la que no tenía otro amparo en la vida que la honradez, el trabajo, el cariño de esta otra alma ya suya y también crucificada en el dolor. ¡El sí, su única defensa! ¿qué sería de ella si también él la abandonaba? ¡oh, nunca! Podría cambiarse en tormento físico aquella fiebre de su amargura, podría poner en apurado trance su vida aquella intensa conmoción espiritual, nada importaba: su vida ya no tenía explicación sin la amada ¿para qué trabajar, luchar, sufrir, encender lumbre de ilusiones, fuego de ideales, sin esperanza de ella?

¡Qué trabajo tan formidable este de abrir camino para la dicha entre el egoísmo de los hombres, entre la dureza de las almas, sobre el barro endurecido de las humanas ambiciones! Aquí la montaña poderosa de la soberbia, allí la faz lóbrega de la envidia, por delante los

peñascos de los escarnios, de las sátiras, por detrás el fango de la murmuración! ¡Cuán asombrosa tarea habíase cargado sobre sus hombros! Y pensar que el brillo de unas monedas podía convertir en lúcido, en primaveral aquel cuadro sombrío. Porque entonces ya él no sería el ambicioso, el necio, el orgulloso, el soberbio, el tonto, ¡él obrero! ¡no! sería el artista, el poeta, el pensador, el eximio...! ¡Oh, mudanza de las cosas, versatilidad de las almas!

A él no le arredraba la persecución. ¿Qué abrían un nuevo taller? Era difícil; además, mientras no le cortaran las manos, él podía trabajar en cualquier esquina del mundo, que es muy extenso. La cuestión era dar tregua a su espíritu nervioso, a su corazón dolorido, aquietar el atropello de sus emociones, de sus latidos. Debía hacer algo: su amigo llevaba razón, ¡pero no algo, todo! Hacer suya a Justina, lavar con el aroma de su amor, la llaga de sus tormentos, florecer la paz en la tribulación de su

alma, libertarla de todas las cárceles para llevarla al reino de sus caricias.

La noche avanzaba. Las estrellas, en las alturas azules, brillaban cada vez más ténues.

Con ella, en la dicha del amor y del trabajo, la persecución no hallaría eco. Juntos, la olvidarían, perdonando la ingratitud, la ira, el desprecio. Devolverían cariño por amenazas.

Se iba confortando su espíritu al impregnarse en este efluvio bienhechor de su bondad, de la pureza de sus deseos, de la gracia purificadora que irradiaban los recuerdos de Justina.

Venía entonces a su memoria como una añoranza de encanto, aquella tierna escena, cuando su madre amorosa mandábale leer el Evangelio por las noches, junto a la lumbre.

Las palabras de Jesús esparcían en la estancia un perfume divino: «Os digo a vosotros que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os perjudiquen, bendecid a los que os maldigan y rogad por aquéllos que os

maltraten. Si sólo amáis a los que os aman ¿qué mérito tendréis? También los pecadores aman a los que les aman. Amad a vuestros enemigos, haced el bien a todos».

¡Con qué ímpetu ahora en su juventud florecida palpitaban estas frases del divino Maestro como savia ardiente bajo los tallos vigorosos!

¿Y los demás del mundo, no se llamaban cristianos? ¿O es que podían llamarse cristianos desconociendo su doctrina fundamental, máxima, excelsa, o degollándola con sus actos, con sus ideas, con su vida?

Si todas las almas se convirtieran en ecos profundos de estas sabidurías de Cristo, no habría odios, ni egoísmos, ni arbitrariedades.

Alboreaba como luz de luna, en el corazón del enamorado un arrobo místico. Se sobreponía a los coletazos brutales del instinto, de la pasión, de la ira; se renunciaba a sí mismo en aras de un amor inmenso, y él por él, gozoso anduviera de puerta en puerta, con su espí-

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

ritu hecho pedazos en la mano, regalando a cada prójimo un pedazo de aquellas entrañas que abrasaban, como si reparara pan a mendigos.

El mundo, la sociedad, no entendía de esas cosas; hubiérale tomado por loco, como a aquellas almas de gigante que en los siglos pasados iban de pueblo en pueblo conquistando almas, corazones a cambio de burlas y de azotes.

Y Siro pensaba—mientras las horas dormían—que aquellos corazones recios, que aquellos temples acerados, eran quizás los verdaderos filósofos, los magnos poetas de la vida.

La ilusión era en ellos espíritu, fuerza, voluntad; convertíanse en esclavos de ella, en pajes suyos y troveros, y caminaban enamorados en su seguimiento con olvido de todas las burlas, de todas las carcajadas, de todos los ultrajes.

¿Qué les importaba de todo esto, si con seguir a su ilusión, a su fe, a su amor, iban gozosos, cantando por los caminos?

Todo se concentraba en un núcleo.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

Los convencionalismos sociales. Luchar contra ellos, partir hacia adelante rompiendo sus brumas, alzar el corazón sobre su ambiente que muchas veces infecta. Esa era la clave.

Sobre su alma cantaba un pensamiento como ruiseñor en la selva que ha florecido.

Palidecieron las estrellas. Una franja blanquecina íbase diluyendo por el horizonte, sobre las montañas.

Amanecía...

BND



IV

Sonó el timbre. Oprimíale al joven catedrático un ligero sofoco.

—Haga favor de pasar... Avisaré al señor.

La doncella, pulcra, rolliza, franqueó la puerta del despacho. Todo suntuoso. Hasta los libros de lomos brillantes, puestos en estudiantado desorden en la librería de caoba. Le daba gusto al catedrático en los minutos de espera, pasear blandamente, sobre la moqueta Jacquard de dibujos orientales. En la mesa unos papelotes, y una lámpara de estilo Imperio.

Llegaba don Pablo.

Se dieron efusivamente las manos y ocuparon, frente a frente, dos amplias butacas de sibarita.

Entraba el sol por entre los calados de los Stores.

Sabían los dos el asunto y lo afrontaron a las primeras palabras.

—¿Ha tenido usted carta?

—Una de la duquesa.

—¿De Justina?

—Aún no.

Don Pablo frunció las cejas. Parecían extremos de tenaza estrujando una idea.

—¡Ya se rendirá, don León! Tiene que convencerse. ¡Al fin un capricho es un capricho!

—La duquesa se muestra optimista...

—¿Y por qué no?

—Es una carta muy amable. Yo le estoy muy reconocido:

—¡Es una santa! Por eso mandé allí a Justina, para que haga el milagro de convertirla:

Retozaba un alegre rasgo en los labios satisfechos.

—Mire usted, don Pablo; por lo mismo que quiero con toda mi alma a Justina, debo y quiero manifestarle que yo ante todo y sobre todo deseo su felicidad; es lo primero que se nos ocurre a todos

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra



los que amamos. Si yo pudiera convencerme de que su hija, tan hermosa, tan distinguida, alcanzaba ese grado de bienestar que llamamos dicha, casándose con ese muchacho, desde este momento renunciaba a su mano. Pero yo no concibo que Justina pueda ser feliz con un enlace que la rebaje de categoría, que la coloque en un peldaño inferior al que ocupa en la actualidad por su belleza, por su rango, por su elevada posición. Los altos puestos de la escala social—usted lo sabe muy bien, don Pablo,—se cimentan sobre una fuerte base de sacrificios, de trabajos, de disgustos y el que ha conseguido elevarlos con éxito y el que en ellos mora, saben que el mejor premio, es una aureola de felicidad como remate de tantas luchas y descanso de tan laboriosas tareas.—

Don Pablo se hundía en la butaca como en un baño de rosas, el halago le subía pecho arriba en un cosquilleo delicioso. Sonreía con los ojos cerrados.

—Justina comprende ésto; sabe que su amor o capricho por el tallista contra-

ría a usted, le disgusta; por tanto, su dicha no puede ser plena, omnímota, total. Y la dicha no tolera ni el ligero rasguño de un recuerdo triste. Esa es la razón que me empuja a seguir por este camino en que tan fuertemente me hiere el cierzo de la contrariedad. Yo deseo que Justina me conozca, me escuche, escudriñe mi pensamiento y se convenza de que no soy un obstáculo que aparece en su camino, sino una esperanza que surge de improviso al borde de su vida.—

Le subyugaba a don Pablo la elocuencia del pretendiente; era prisionero de sus frases, de sus conceptos, de aquella boca pulquérrima que al abrirse y cerrarse le apretaba su voluntad.

—Usted descuide; mi palabra es palabra de caballero, mi promesa es promesa de honor, Justina será su esposa. Y antes de pasar adelante, hágame el obsequio de leer la carta de la duquesa.

—Con mucho gusto.

Desdobló la epístola y leyó sus renglones.

«Van llegando sus cartas a este rincón apacible y excuso decirle que son las únicas que lee Justina. Eso nos aconsejó su padre, nuestro buen amigo don Pablo, y eso es lo que prometí a usted en la primera que tuve el gusto de remitirle. Ignoro lo que hace de ellas Justina, pero juzgo mejor no importunarla para que la reacción se verifique por sí misma. Confío en que el tiempo concluirá la obra benéfica para ella y para todos. Por tanto, le recomiendo encarecidamente no desista de sus buenos propósitos, y continúe con calma y paciencia que son los resortes que mueven la voluntad. Dios se lo pague. Es preciso enderezar las torcidas intenciones de estas cabecitas locas y enseñarlas el camino que les corresponde.

Justina está mucho más alegre desde hace unos días; eso me hace pensar que se realiza en ella un notable cambio. Salude en mi nombre a don Pablo y su señora y usted sabe, etc., etc.... Posdata: Han llegado varias cartas de ese mucha-

cho y todas ellas las ha devorado el fuego».

—¿No se lo advertí? Antes de un mes tiene usted carta de ella.

—¡Usted no sabe cómo la deseo! ¡como el aire que respiro! Y créame usted, don Pablo, que sino por las palabras alentadoras con que usted siempre me ha favorecido, no me meto en trance tan árduo. Porque se sufre mucho, no hay un momento de reposo para el espíritu: todo se traduce en inquietud, en zozobra, en pesadumbre. Eso de que se levante uno por la mañana y no le alegre ni el sol, ni las flores, ni la naturaleza, por ese temor constante que le araña a uno las fibras! Y es que en estos casos parece que todo lo que se tiene piel adentro, está inseguro, temblante, como clavado con alfileres; a la menor sospecha, apenas nos roza un infundio, se remueven las ideas, las emociones, los sentimientos, todo lo que integra el espíritu del que ama. Pero como usted me prometió la victoria, continuó luchando, luchando...

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

—Le repito que mi palabra es de caballero.

Don Pablo escuchábale con embeleso. Aquella boca, de rictus aristocrático le ennoblecía, le abrumaba, hacía esclavo del pensamiento que palpitaba en la frase acicalada, bruñida.

Habíale visto una vez, en solemne fiesta académica, sobre un rojo estrado, reluciente bajo la toga de doctor, desgranando períodos floridos y largos, en halagadora disertación sobre las Ciencias—de la que no entendió ni jota—y ya desde entonces soñaba con entroncarlo en el árbol de su genealogía.

Hicieron una pausa en la conversación, para fumar un cigarro que don Pablo le ofreció muy ceremonioso y afable.

El asunto no ofrecía dificultad alguna. Justina, en la ausencia, olvidaría su loco capricho para ofrendar el corazón al docto catedrático. Este con sus cartas admirables, el tiempo con el roce de sus alas que todo lo borra, la duquesa con su tacto, serían los artífices encargados de modelar el corazón nuevo, virgen de

toda mácula románica y con otros más apasionados y certeros latidos de amor.

En cuanto a Siro... ¡oh, bien pagaría su descaro! Por de pronto, el periódico ya no admitía sus artículos. Fué aquél un golpe rudo, un zarpazo de venganza. Tenían más peso metálico los caprichos de don Pablo, que aquellas «Glosas del poeta», tan artísticas, tan bellas, que tan gloriosos días proporcionó al periódico. Pero el Consejo de Administración no entendía de Glosas, sino de cupones y pudieron más en su ánimo de cobre el sonsonete del bolsillo de don Pablo que la firma autorizada del antiguo y brillante colaborador.

Se preparaba además un amplio taller de escultura, talla y decorado, a espensas —según rumores— del bolsillo de don Pablo. Se instalaban un tallista y un pintor, precedidos de mundial fama.

Era menester otro golpe, más definitivo, más agobiante, que fustigara la honra e hiciera saltar sangre del alma. Por aquel entonces se comentaba en todos los mentideros, sazonzando los comenta-

rios, con sales de todo gusto, la ausencia repentina de una de las más conocidas jóvenes de la localidad. Su hermosura le hizo altiva, su altivez desdeñosa. Y el desdén que no la toleraba el amor de uno, le abrió la puerta a los galanteos de todos. Había de caer, había de someterse, doblegarse y se entregó, a fuer de altiva, rabiosa, suplicante, frenética. Es la atracción del abismo. Un momento de placer, consentido por tanto halago, trájole la deshonra de toda su vida. En aquel palacio de carne hermosa, ya no habitarían más que o las lágrimas, como gotas de agua en grutas recónditas, o los lujuriosos, si el arrepentimiento no la elevaba a la cumbre del dolor.

Ese era el tema. El nombre de Siro, sin saberse cómo, ni por qué, comenzó a revolar en torno de los comentarios. La piedra estaba lanzada. Pronto había de herir la frente del poeta vejado, denigrado, puesto como ludibrio entre las gentes.

Declinaba la tarde. En las montañas lejanas se movía flotando una niebla pur-

púrea. Por los ventanales del despacho entraba un ténue resplandor rojizo.

Don Pablo, sonriente, afabilísimo, con una mano sobre el hombro de su futuro yerno ,acompañó a éste a la escalera.

Se despidieron afectuosos, después de repartirse mutuamente promesas y halagos.

BND





V

Las cartas se cruzaron en el camino. Al día siguiente de haber enviado la de Justina, recogía en el pueblo Carmen la que iba para su señorita. Una excesiva precaución impidió que las manos sarmamentosas de la duquesa no condenara también aquella epístola al suplicio bárbaro de las llamas.

«Justina: Me quieren arrebatarse el prestigio, la honra, ¡el pan! Estoy angustiado, endolorido. ¿No era bastante tormento el haberme quitado a tí, delicia de mis ojos, mi vida toda? Esto es horrible. Sólo por quererte a tí se puede aguantar esta inmensa amargura. Siento ese cansancio que se produce en todo el cuerpo cuando se lleva sobre las espaldas una losa enorme. A veces pienso que me caigo rendido, pero cuando me punza

este pensamiento, siento en mis entrañas un temblor de tu imagen de luz y de cariño que me empuja a sufrir. ¿No es verdad que aún me quieres como antes, como siempre, como nunca?

» ¿Han llegado mis cartas a tus manos? ¿han sentido la caricia inefable de tus pupilas? ¿has puesto un beso de tus labios sobre aquellas líneas en las que te remití mi alma toda para que tú la custodiaras en tu pureza, sin mancharse en esta inmundicia que a toda hora me lanzan al rostro?

» Cariño mío: tú ya sabes que en mí no hay más que corazón y trabajo ¡acéptalos ya! No es que me arredre el sufrir; yo lo apuraré hasta las últimas heces, pero me sublevo, me lastima, me mata el que mi honra, mi nombre, se pongan en tela de juicio antes de que el sacerdote las deposite en tus manos.

Te veré pronto, mi alma.

Siempre tuyo

SIRO.»

«Hoy que sé, Siro mío, que mi carta ha de llegar a tus manos, es el día más dichoso de mi vida. ¡Siro! ¿Vives, me quieres, me recuerdas? ¡Oh, sí, porque si tú me hubieras olvidado, yo no viviría. ¡Tú leerás esta carta, te llevará algo de mi aliento, algo de mis lágrimas y un beso muy grande! ¿No es esta demasiada dicha? Siro mío, sufro mucho, mucho; estoy enferma, muy débil, siento dolores en la cabeza, todo me flaquea; dame tú la salud, dame tú la dicha; ¡ven, ven! Pon tregua a tanto sufrir. No puedo más.

Siempre para tí

JUSTINA . . .

Siro leyó la carta muchas veces, al fin, repefíala mentalmente, con esa amorosa complacencia que se pone en el objeto que vuelve a nuestras manos, tras larga ausencia. Le brillaban los ojos como si aquellas letras hubiéranle devuelto la vista al mundo de sus deseos. Sentíase dichoso. Guardó la carta, cerró su taller y a las pocas horas, con un atillo

bajo el brazo, flotándole la chalina azul,  
se alejaba de la ciudad, por caminos so-  
litarios que apenas se discernían en la  
penumbra de la tardeada.

BND



## VI

Eran días de sol, tardes azules en que el ambiente, de suma transparencia, se impregnaba en un ténue perfume evaporado de las nacientes flores de la primavera.

Oscilaban los árboles como cúpulas blancas sobre las llanuras verdes, y a su sobra tornátil reposaban las aguas de los remansos, de floridos festones. Cantaban los pájaros bajo el esplendor celeste.

El campo invitaba al espíritu al festín reparador de sus fragancias, de su aire, de su atmósfera luminosa. Era un ofrecimiento de sus dádivas al organismo cansado, aterido, a las almas enfermas, sumidas en la tristeza.

Justina aceptó el obsequio. Subía los senderos, saltaba las tapias, metíase por los troncos, arrancaba flores, asustaba los pajarillos, siempre bajo la sombrilla de

color rojo que simulaba en el paisaje una fugaz amapola.

La dicha se le escapaba por los poros; cantaba, reía, saltaba, en plena Naturaleza, ella sola, libre, sin ojos que la fiscalizaran ni pasos que la siguieran.

Veíase ahora como un pájaro del bosque que ha ocultado su nido en el rincón delicioso de la fronda, y vuela y gorgoja con gozosa libertad.

Estaba ya decidida. Fué un combate largo, rudo, entre su corazón y su alma, su cariño y su deber; se batieron como atletas, resonaban como hachazos en roble, los latidos en aquel delicado cuerpo de carne de rosa. ¡Cuántas noches de insomnio, cuántas horas eternas de amargura, que surco tan hondo el que abrieron sus lágrimas en aquel óvalo de encanto mientras la dicha se forjaba a golpes de dolor en el secreto claustro de su alma!

A la batalla asistieron todos los años de su vida. Aquellos suntuosos y livianos, de lujo, de soarés, de paseos y de complacencias, reidores, alegres, magníficos,

Se autoriza la copia para la investigación.

enervantes como una ola de delicias, y estos otros tristes, de soledad, de llantos, de desprecios, de amenazas; y cayeron aquéllos como un viejo culto de doradas apariencias y triunfó Siro, el humilde, el laborioso, el tallista, con la fé en su trabajo y en su amor, sobre todos los impulsos de la sangre, sobre todas las seducciones de la riqueza puesta, como una palanca de hierro a favor del capricho.

Vibró entonces el alma en un noble anhelo de liberación y restaurose el organismo demacrado por la lucha.

Renació la calma, refloreció el vivir alegre.

Dejaría sus padres, abandonaría su alcoba lujosa, sus salitas coquetas, sus palacios, todo, por seguir la senda humilde de su Siro.

Se dilataba el corazón, como las flores bajo las alegrías de la luz, en un mayo de cariños.

Acariciábale el sol bajo la sombra blanca de los cerezos.

Siro le decía en su carta «Te veré».

¿Vendría a Villa Aurea? Ella no lo creía; era demasiado atrevimiento. Originaría sospechas que pudieran perjudicarles; ahora bastaba el tiempo para llegar al fin.

— ¡Señorita, señorita! oyóse entre alegres carcajadas la voz de Carmen, su doncella.

Miró Justina hacia los árboles, de ellos venía la voz, Carmen andaba a caza de flores y mariposas.

— ¡Mujer, no seas loca!

— ¿Pero usted no le ha visto?

— ¿A quién?

— A un pobre. Es muy simpático. Lleva un violín y dice que no sabe tocarlo, y lleva unos anteojos negros y una barba que parece de estopa y un sombrero muy grande y una zamarra muy vieja ¡y dice unas cosas!

Carmen reía.

— He venido a llamarle a usted; dice que quiere hablarle... venga usted conmigo, es un viejo muy cariñoso. Me ha dicho una adivinanza. ¡Ni que conociera a mi novio!



—Mira, dale unos cuartos y que se vaya.

—No se irá, señorita...

—Pues yo no tengo ganas de adivinos.

—¡Ya viene, señorita, mírelo!

Justina hizo un ligero movimiento, fué a levantarse.

—No se moleste, señorita—dijo el mendigo,—está usted muy bien.

Se detuvo a unos pasos de distancia. Justina le observaba con atención. Aquella voz, de dulce afabilidad, pausada, arrulladora, prodújole no se qué emociones exquisitas. Deseaba oírle.

—¿Es usted músico?—le preguntó.

—No, señorita.

—¿Y lleva usted el violín?

—Por apariencia, señorita; como se llevan muchas cosas. Todos llevan corazón, pero hay muchos que no se compadecen de la miseria, que maldicen al prójimo, que no aman... ¿Me da usted una limosna, por el amor de Dios, señorita?

El mendigo ponía una queja amarga

Se autoriza la copia para la investigación.

en sus frases pausadas, solemnes, llenas de savia de dolor.

—Dice usted muy bien; hay muchos que no aman, y, sin embargo, todos quieren ser felices.

—Pero no lo son la mayoría.

—¿Usted lo cree así? ¿Y por qué?

—Porque para llegar a la dicha no hay más que un camino y ese camino está ignorado para la mayor parte de los hombres. ¡Bienaventurados los que le desean, porque de ellos será el reino de la dicha! ¡Bienaventurados los que le buscan, porque ellos poseerán la hermosura! ¡Bienaventurados los que le hablan, porque ellos serán consolados! ¡Bienaventurados los que le lloran porque en las lágrimas hallarán consuelo! ¡Bienaventurados los que de él tienen hambre, porque gozarán de plenitud y hartura! ¡Bienaventurados los que por él caminan, porque ellos alcanzarán misericordia! ¡Bienaventurados los que en su perfume purifican el corazón, porque ellos verán a Dios! ¡Bienaventurados los que en él triunfan de sus pasiones, por-

que serán hijos de la dicha! ¡Bienaventurados los que padecen persecución por el amor, porque de ellos será al fin la gloria!

Calló el mendigo. Bajo las bóvedas florecientes resonaron sus poemas de Bienaventuranzas, apacibles, luminosas, como notas de un versículo sagrado, resbalando por el salterio.

Justina le miraba, le miraba con los ojos fijos, extáticos, gozosos...

—¿En qué escuela aprendió el pobre tan galanas cosas?

Respondióle a Carmen el mendigo:

—En la caricia de unos ojos, en la rosa entreabierta de una boca de mujer...

—¿Era hermosa?

—¡Cómo la Princesa gentil que reposa bajo la sombra blanca de los árboles en flor!

—¿Y era amante?

—¡Como el corazón que sufre en esta tarde azul de primavera!

—¿Y se llamaba?

Maniobró rápido el mendigo. Cosa de un minuto.

Y dijo con voz de pasión inmensa:

— ¡Justina!

— ¡Siro!

. . . . .  
Por la noche recogía un pastor los  
arreos del mendicante enamorado.

BND



## VII

El viejo duque ha llegado a las fronteras brumosas de la vejez. Tiene una calva venerable que reluce como el marfil, nimbada de blancos rizos largos. De sus ojos pequeñines emana un mirar indulgente, como de filósofo que ha deflorado el secreto de todas las cosas.

El ahora se siente feliz, como nunca. Quizás se ha convencido en su vida retirada que ni los árboles, ni las flores, ni los animales son egoístas, ambiciosos, soberbios como los hombres que trataba en los brillantes días de su mocedad, cuando en la Corte era su linaje como el foco de la nobleza, de la cultura, de la elegancia, de la corrupción.

Sus ojos han sorprendido la trama oculta de todos los devaneos sociales, sus labios han apurado esa última gota que siempre queda en el vaso y que no se sabe si es aromática o venenosa.

Por eso no tiene el duque más que un comentario para todos los sucesos, así fulguren como relámpagos o acaricien como la dicha: un reír de escéptico. Pero jamás sabe a burla. Siempre plácido, ecuánime, armonioso.

Es un perfecto caballero.

Se encuentra bien en la soledad de su palacio. A sus riberas olvidadas no llega el tedio aborrecible de aquellas horas que conturbaban el espíritu en la Corte.

Ahora en la primavera madruga. Tras una abundante ablución de agua fresca, gústale saborear en el huerto la delicia de las mañanas. Se esponja como un pájaro en la agradable temperatura, cuando el sol aún pálido reverbera en el seno gozoso de las brumas y apenas alcanza a dorar la cúpula vibrátil de los árboles.

El duque tiene muchos en su jardín; acacias que renuevan sus brotes verdes, abridores cubiertos ya con ideal rosada túnica, cerezos que suenan como campanas de plata, vides viejas que se coronan de relucientes pámpanos. El duque

pasea por los amplios caminos, pulcros, llanos, extendidos por toda la superficie del huerto.

Experimenta una juvenil sensación con el olor de los perfumes vírgenes, con la caricia de la luz nueva, nutriéndose de auras refrescantes.

Mientras pasea lee los «Diálogos del amor», del exquisito Fr. Juan de los Angeles. Terminada la lectura oye misa en el oratorio, desayuna luego con el viejo capellán y la duquesa, y charla con ellos un buen rato.

Después de comer vuelve al jardín. Tiene largas pláticas con el jardinero o le ayuda en sus faenas.

Pero esta tarde Justina le ha llevado al rincón más solitario, un rincón donde los laureles simulan una gruta sombría.

—¿Usted no sabe nada, verdad?

—¿De qué, mi hija?

—De mí, de mis papás, de mi señora la duquesa...

—A ver, hija, a ver... Tú no te has confesado nunca conmigo y presumo que debes traer un grave pecado.

— ¡Como suele usted hablar tan poco...!

— ¡Y para qué hija? Es perder el tiempo. Yo he hablado mucho, demasiado, ¡con decirte que he sido ministro! pero los años hablan menos y convencen más. Por eso quiero imitarles en los pocos que me restan. Además, la inmensa mayoría de las cosas se dicen con una sola palabra. ¿Has satisfecho tu curiosidad? Pues empieza.

— ¿Pero así, de repente?

— ¡Pues claro! Ya sabes lo que dice el poeta.

«Para un viejo, una niña siempre tiene  
el pecho de cristal».

— ¿Lo digo? Mi duque, yo le quiero a Siro.

— ¡Muy bien!

— Pero mi papá le odia.

— ¡Muy bien!

— ¡Cómo, muy bien! No, señor, re-matadamente mal.

— Como tú quieras. ¿Y quién es Siro?

— Siro es un muchacho que con su propio esfuerzo ha sabido crearse una honradez, una cultura, y una educación



exquisitas. Es tallista y trabaja primorosamente, pero tiene que trabajar para vivir. A mí, sin yo darme cuenta, ha sabido cautivarne tan poderosamente, que ya no puedo vivir a gusto sino es junto a su vida. Eso es todo.

— ¡Perfectamente!

— Pero mi papá se opone tan rudamente a que yo le quiera que no sólo me ha separado de él, sino que intenta casarme con un catedrático que nunca me ha dirigido la palabra y no sabe, por tanto si le agrado o no le agrado y para ello está cometiendo mi papá con Siro las mayores atrocidades, como el de abrir un taller de escultura y dejarle a él sin trabajo, y como ésto no puede continuar, porque en mi corazón ya no hay sitio para nueva herida, le suplico a usted que me ampare!

— ¡Pobrecita! ¿Por qué no me lo digiste antes?

— ¡Qué sé yo!

— Es cierto que cuánto más trabajosamente nace una cosa es más durable y alcanza más gloriosa ancianía, y así tu

felicidad, que se ha forjado en el dolor, tendrá más consistencia que otras muchas improvisadas, porque si alguna vez, con el soplo de los años, comenzara a extinguirse esa llama que nos alumbraba y nos consuela, el mismo dolor le serviría de brasa. Pero, procura no enfadarte, mi hija; ya ves que yo no me enfado nunca. Un momento de enfado es un momento perdido y cada momento que pasa es un girón que nos quitan de la vida. De modo que estás decidida a casarte con Siro?

— ¡Ante todo y sobre todo!

— Pues nada, hija, se realizarán tus deseos.

— ¿Y papá?

— Ahora mismo le pondré un telegrama y mañana está con nosotros.

— ¿Verdad que usted me amparará?

— Sí, hija, sí; toda mi vida es como un manto extendido. Tu padre lo sabe mejor que nadie.

Justina le ofrendó en obsequio una rosa que empezaba a abrirse, como su alma a la luz.

## VIII

El telegrama llegó a las nueve. Don Pablo acababa de levantarse y lo leyó con febril impaciencia. Firmábalo el duque: «Urge tu venida. No la demores un instante». Consultó a su reloj; faltaba una hora para el primer tren. Corrió al Instituto; no podía marcharse sin antes comunicárselo a su yerno. Don León comenzaba su conferencia, no se podía perder un minuto. Conversaron, sin sentarse, en la salita donde los catedráticos charlaban antes y después de las clases.

Interpretaron la noticia como un buen augurio. Hablaban los dos, al mismo tiempo, nerviosos, satisfechos, saboreando el triunfo de sus gestiones. ¿A qué obedecía sino la carta de la duquesa, tan optimista y halagadora? ¿a qué la partida tan brusca, tan repentina del *muchacho*?

Se despidieron familiarmente. Eran las

diez menos minutos. Don Pablo viajaba satisfecho ; la ausencia había producido sus deseos apetecidos. Sintió una como pena de haber tratado a su hija con tanta dureza, estuvo él demasiado agreste con Justina. Pero ¡caramba! o no se aplican remedios o han de ser eficaces, radicales aunque sean dolorosos ; nada se consigue con tapujos y jarabes. En cambio, ahora colmaríala de regalos, de caricias, de efusiones paternas. La llevaría a París para que comprara ella su trusó ; se le desbordaba el dinero de las manos. Todo en la boda había de ser fastuoso, opulento, magnífico, pasmo de las gentes.

También a Siro, el infeliz muchacho, le perdonaría ; fué muy lejos en su persecución, él no tenía derecho a tanto. Pero ¡caramba! también fué mucho el atreverse...!

A las cuatro de la tarde conversaba con el duque.

Estaban solos en el despacho.

—¿Cómo has encontrado a tu hija?

—Mal ; está flaca, descolorida, débil.

—Por eso te he llamado, Justina no

está buena y es preciso que tomes una determinación.

—Pues si tu mujer me ha dicho que ahora está ya más alegre, más animada, que come bien, que charla y pasea.

No te negaré nada de eso; pero unos vamos por la derecha y otros por la izquierda. ¿Sabes que tu hija quiere casarse?

—Sí, con un catedrático.

—¡No, no, no!! No es con el catedrático, sino con el tallista!

—¡Cómo!—don Pablo dió un rugido y se irguió brusco.

—Cálmate, cálmate, nada consigues con ponerte así.

—¡Es que no puedo consentirlo!

—Siéntate, hombre, siéntate...

—¡Y me choca que tú, todo un duque, patrocines tal monstruosidad!

—Yo no patrocino nada; mis libros, mis rezos, mis árboles, esa es toda mi vida y si hoy me meto en este asunto, es porque se trata de mi único amigo.

Don Pablo bufaba.

—¿Pero tú conoces a ese muchacho?

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

¿pero sabes quién es? ¿a lo que me expones? ¡Al ridículo más afrentoso, hombre! ¡Tengo comprometida mi palabra! ¡es palabra de honor! ¡Y luego ese, ese obrero! ¡ese infeliz! ¡ese miserable! ¡Créeme, no lo puedo tolerar!

—Bueno, te participo ante todo que no hago otra cosa que trasladar la noticia. Tu hija se casa; si tú te opones, recurrirán al amparo del Juez. Eso me han dicho y como me lo contaron te lo cuento.

—Está bien. Desde hoy no quiero ni verla; ¡ni un céntimo, que lo sepa, ni un céntimo!

Se hizo un largo silencio.

El duque comenzó a hablar.

—No me parece bien tu resolución, porque creo que pronto había de remorderte la conciencia.

—¡Nunca!

—¡Sí, Pablo, sí! Desde que vieras en tu hija una nueva madre. ¡He conocido muchos casos como éste! Empezaron con un acceso de ira y concluyeron con lágrimas. Justina será siempre tu hija úni-

ca, la que lleva tu sangre, tu apellido, tu raza y cuando la veas feliz, en su hogar humilde, bendecirás al hombre que la quiere, que se sacrifica por ella.

—¿Tú me dices eso?

—Yo, ¡un duque! En otro tiempo me enfatué con el título, con mi nobleza, pero hoy aprecio las cosas y los hombres de muy distinta manera. Mi jardinero ha sido más feliz que yo.

—¿Si hubieras tenido una hija la hubieras casado con su hijo?

—No sé; por de pronto, no he tenido esa dicha ¡a pesar de ser duque! Ni debes comparar Siro a un jardinero. Es un muchacho de talento, de educación, de cultura; ha sabido proporcionarse un prestigio con su noble trabajo, es un alma honrada, un corazón amante ¿qué le hace falta?

—¡Todo!

—¿Cómo, todo? ¿qué significa esa palabra? Ni tú mismo lo sabes. Le falta todo, porque tú no quieres reconocer en él lo que ennoblece al hombre, porque no es de tu agrado ¿verdad?

— ¡Pero mi hija con un obrero!

— ¿Y nosotros qué somos? ¿qué es un literato, un novelista, un abogado, un médico? ¿no son también obreros, no ganan el pan con trabajo propio? Esa es una cuestión de puro nombre. Además, que el trabajo de Siro, no es como el de un cantero o un albañil. Interviene la inteligencia, la lucha del espíritu, el fuego del corazón; es un arte excelso su trabajo. No le llames obrero; llámale escritor, que lo es y de brillante pluma, llámale escultor... ¡Y sobre todo, si con él tu hija vive feliz, no le llames nada! No hay nombre adecuado para el que nos hace felices; eso es lo único que puedes y debes apetecer para Justina.

Don Pablo no acababa de conformarse. Asentía en su conciencia a las palabras del duque, pero aún estaba fuertemente atado de pies y manos.

— ¡He dado mi palabra!

— ¡Valiente negocio! Tú puedes dar tu palabra en cuanto de tí dependa el asunto, pero por ello tú no te comprometes cuando existe otra voluntad cuyo deseo



ignoras. ¡Y una palabra qué vale ni supone, ante un problema tan augusto!

—¿Y qué va a decir la gente? ¿la Sociedad? ¿sus amigas? ¿qué va a decir el catedrático de mí, de mi honorabilidad, de mi decoro? ¿qué van a decir?

—¿Y tu hija? ¿no preguntas qué va a decir? Mira, Pablo, hemos platicado bastante. Vamos un rato al jardín, es ahora una agradable temperatura, las rosas están naciendo...

—¡Piénsalo bien! La felicidad dicen que no pasa más que una vez por la puerta de la vida...

Salieron los dos hacia la arboleda.



IX

«Sr. D. León Inchausti.

Mi buen amigo: Reciba la enhorabuena de su compañero y confidente; a pesar de sus afirmaciones de que el niño ciego se *pitorrea* a su gusto, creo que ha nacido usted con buena estrella. ¡Pida la luna y se la darán! Lo digo porque aquí estoy yo hace treinta años explicando la ciencia del alma—o lo que sea este batiburrillo—sin que jamás me hayan propuesto un cambio de clima.

Diga usted que mientras me gusten las levitas correctas, el perfume en los mechones y me haga reír la hija del bedel, sostendré a capa y espada que éste es el mejor de los mundos.

Ahora a consolarse, mi amigo; que no es poca fortuna el haberle alejado del teatro en que tan poco éxito ha tenido su primera comedia sentimental. Ha re-

cibido usted una buena lección, y ésto no se lo digo en son de censura ni mucho menos, sino más bien para demostrarle cómo siendo necesarios tantos años de lecciones para explicar una hora diaria de matemáticas, no puede menos de ser necesaria una lección para explicar uno el curso entero de la vida, con cifras, con amarguras, sobre la base movediza de la felicidad!

Si hubiera hecho caso de un viejo Psicólogo, encanecido en la ciencia—encanecido por los años, ¿eh?—hoy no lloraría usted desdenes y amarguras.

Por supuesto que sus lágrimas, para mí, como las que dicen que llora el cocodrilo. El primer día que pronuncie usted un discurso y se acaricie el bigote entre párrafo y párrafo y consiga usted el incalificable mérito de que nadie le entienda, ese día, o esa noche (es más propio), soñará con usted la nena más salada de la población.

¡Permita Cupido que su padre no sea un orangután!

No se fíe de promesas paternas ni

de palabras de honor, que harto sabe usted a donde conducen.

Métase usted, con lentes y todo, en el corazón de una nena hermosa, amante, etc., etc., antes de que ningún otro intente la conquista de esos alcázares tan bellos como frágiles.

Y nada más. Mucha suerte en su nueva cátedra y que pronto una mano blanca le suavice los dolores. ¡Ay, mi amigo, considere usted que todo se quita de encima menos los años!

Le admira y le quiere

JENARO ».



X

Son las once de la noche. Comienza a retozar la alegría, conforme se va terminando la cena. Los labios apenas prueban los últimos manjares, pero las libaciones menudean que da gusto; ha saltado hervoroso el champaña desbordándose por las copas como oro derretido. Los comensales beben, alborotan, se entusiasman. Alfredo, con la copa tambaleando en su mano, vacilante el cuerpo, con una sonrisa estúpida, intenta el primer brindis. Suelta unos cuantos disparates mayúsculos, enormes, capaces de enrojecer a un carabinero, da un traspies y cae rodando con su silla por debajo de la mesa. Se oye un aplauso de pies y manos que ensordece.

— ¡Que brinde don Jenaro!

El vocerío aumenta y don Jenaro se levanta. Luce un ramo de violetas en su levita impecable. Sonríe satisfecho y co-

mienza a hablar. Reina un alto silencio.

« ¡Brindo por la dicha perpétua de nuestro simpático amigo, por la hermosura de su gentil esposa y por la eterna alegría de la juventud! »

— ¡Bien por el viejo!

Cruza eléctrico un siseo y lo echan a Alfredo a empujones. Don Jenaro continúa:

» Yo que voy llegando a la playa triste de la vejez, sin que se haya desprendido de mis labios la flor de la risa galante, no puedo menos de sentir un noble entusiasmo al hacerme vosotros partícipe de esta alegre fiesta en que los corazones rinden su tributo a la juventud. Por mi viejo organismo circula hoy la savia fresca de vuestras ilusiones y de vuestros cariños. Yo os doy por todos estos dones un millón de gracias y no tengo más feliz ocurrencia que animaros a que imitéis el alto ejemplo de amor, de fortaleza, de voluntad, de heroísmo que os ha dado vuestro compañero con esa bárbara lucha que ha sostenido para

conquistar el alcázar de las bellezas de su mujer amada...»

Estalla una ovación formidable que se prolonga largo rato, como un rumor de oleaje.

» Ha sido un triunfo magnífico de la voluntad, del trabajo, del dolor, de la abnegación: vosotros debéis imitarle: él ha sabido dignificarse con su trabajo, en noblecerse con su dolor, agrandarse en la tempestad, y ha abierto un amplio camino con su esfuerzo denodado para llegar al reino luminoso de la dicha. Por eso vosotros, cuando la voluntad os impulse a una conquista noble, digna, no debéis doblegaros, porque además de que la victoria os produce un bien inefable, acarrea otro no menos grande a la sociedad que por el quietismo de nuestras energías se esta nutriendo de rutinarios rancios, envejecidos, sin jugo de virilidad».

Aplaudían todos y bebían, orgullosos de que todo un catedrático les hablara de aquella manera.

» La mujer desea cariño, amparo, va-

lentía, caballerosidad; si vosotros sabéis darle esos frutos de las almas bien templadas, será vuestra. Así es cómo podrá reconstruirse esa lira rota de la humanidad, cuando el hada riente del amor pulse las cuerdas con sus dedos líricos de Princesa, y cante con sus labios abiertos en rosa de fragancia de corazón.

»Yo, desde la plácida ribera de mi vejez, os saludaré con entusiasmo, alzando en vuestro honor la copa del vino generoso...»

Hubo una aclamación estrepitosa; como de un torrente brotaban los vivas de las gargantas.

Don Jenaro se despidió afable de todos.

Sus canas perfumadas se remozaron aquella fausta noche en una luz juvenil: sentía ardores de mozo galante, frescas sensaciones primaverales, la nostalgia terrible de los veinte años.

Y toda su pujanza sentimental se redujo a ofrecerle las violetas a la sirvienta más guapa de las que asomaron en la sala del banquete.



Los demás invitados prolongaron la fiesta hasta que las luces del nuevo día acariciaban los empolvados Stores del Casino.

A eso de las diez, roncaba aún estre-pitosamente en un diván el buen Alfredo, con una botella en la mano y puesto el gorro de dormir del conserje...

¡Un día es un día... y una noche!

BND



XI

Viven en una casita blanca edificada hacia el sol, en medio de un huerto. Jardín y frutales.

Tiene una terraza amplia, un palomar alegre, y una dulce fuente que mana de la gruta escondida bajo el parral.

Es un museo y es un nido. Trabaja el artista y canta sobre el trabajo el ave azul de la dicha.

Allí esperan el fruto adorado que Justina siente en sus entrañas de madre.

Siro quiere que se llame Justina, como la esposa de su cariño.

Si es varón se llamará Pablo.

Así quiere el abuelo.

FIN DE LA NOVELA

## INDICE

---

	Páginas
Oïrenda. . . . .	3
Antesala. . . . .	5
El parque bajo la lluvia. . . . .	11
El salmo del mendigo en la tarde azul. . . . .	88

